

Templo dórico del siglo VI a. de J. C. llamado "La basílica", en la colonia griega de Paestum, en la Italia meridional. Esta parte de Italia y la isla de Sicilia fueron cuna de algunos filósofos y escenario de su desarrollo intelectual.

La evolución del pensamiento griego de Pitágoras a Sócrates

En uno de los capítulos anteriores hemos visto germinar la semilla del pensamiento griego en las tierras de Jonia. Tales, Anaximandro y Anaximenes representan tres generaciones de filósofos de Mileto que se preocuparon por averiguar, no cómo fue creado el universo, sino de qué está hecho y cómo subsiste; el porqué de los astros y sus eclipses. Las soluciones que los filósofos o físicos jonios dieron a estos problemas resultan algo infantiles, pero manifiestan un deseo vehemente de saber. Ya desde un principio separan el campo de la ciencia del de la mitología. Esto solo ya era un gran paso, pues nadie se había atrevido a tanto en el Oriente ni en la misma Grecia. Ya hemos visto que Jenófanes, un filósofo vagabundo de la escuela jónica, predicaba en las colonias de Sicilia contra Homero y sus dioses.

Otro "pensador" jonio acomete también a Homero. Se llamaba Heráclito: era un noble de Éfeso, poseedor de gran fortuna,



Busto de Heráclito de Éfeso, filósofo griego cuya actividad intelectual floreció a fines del siglo VI y principios del V a. de J. C. (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles). La dominación persa, de que toda la Jonia era objeto, da a su obra un marcado carácter pesimista y, al mismo tiempo, altanero y brillante. Es el primer filósofo del que poseemos escritos extensos y coherentes.

y podía impunemente criticar a los poetas fabricantes de cosmogonías. Hesíodo, "que no sabría distinguir el día de la noche", subleva al aristócrata de Éfeso. Las prácticas de los santuarios le exasperan.

Lo más interesante y más original de la filosofía de Heráclito son sus ideas acerca de las fuerzas opuestas que, como acción y reacción, mueven al mundo. Son los llamados *contrarios*, que pueden explicar cómo las cosas se mantienen y cómo cambian. En cierto modo, Heráclito es un precursor de las modernas ideas del progreso como consecuencia de la lucha por la existencia. Su famosa frase: "La guerra es el padre de todo y el rey de todo", ha estado de moda estos últimos tiempos. "Los dioses y los hombres honran a los que mueren combatiendo", dice Heráclito, como un buen ario. "La lucha hace aproximar a los hombres, y de la discordia nace la armonía, y todas las cosas nacen del contraste." La ciencia o filosofía es el conocimiento de la unidad, escondida debajo de la discordia aparente.

De todos modos, poco se hubiera progresado por este camino. Las intemperancias de Jenófanes y de Heráclito revelan ya cierta fatiga del pensamiento y, como disgustados por no alcanzar grandes resultados de sus esfuerzos para averiguar la naturaleza de las cosas, se desahogan maldiciendo a un fantástico enemigo: los dioses.

Acaso fue una suerte que el avance de los persas hasta las grandes ciudades del mar Egeo pusiera término a estas diatribas. Al caer Mileto, Éfeso y Samos bajo el despotismo de un sátrapa persa, los espíritus superiores de la Grecia asiática tuvieron que emigrar. Ya encontramos a Heródoto, Hipodamos y Anaxágoras refugiados en Atenas; son parte del gran éxodo de artistas y pensadores que emigraron del Asia en el siglo V a. de J. C.; ellos difundieron en la vieja tierra griega, y sobre todo en las colonias de Italia, el deseo de conocer y el método de observar los fenómenos sin soluciones preconcebidas. Lo fundamental era salvar el fenómeno, decían los jonios, o explicar los hechos sin contradecirlos. Ésta

CRONOLOGIA DE LA FILOSOFIA PRESOCRATICA

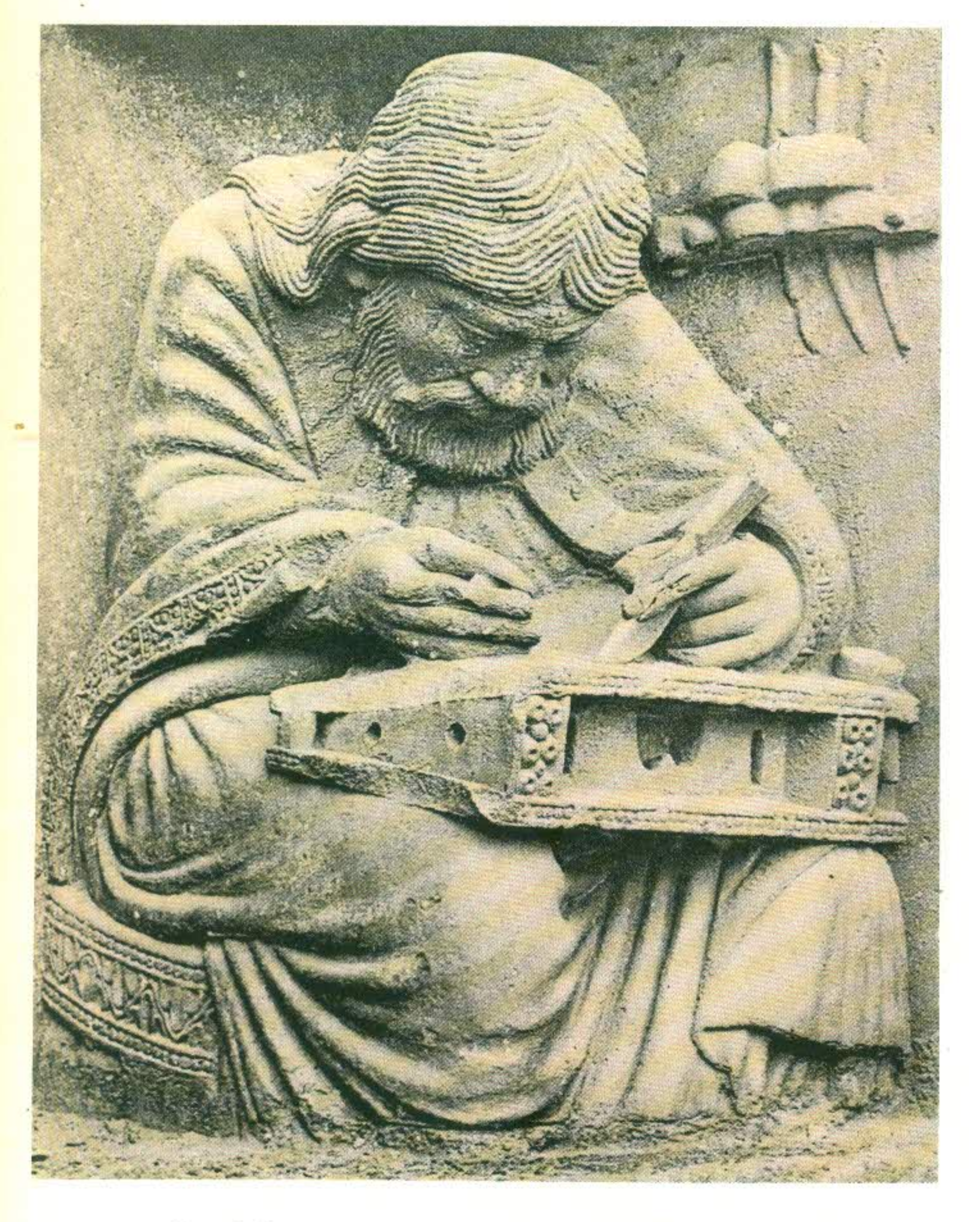
(A. de J.C.)	
640-550	Tales de Mileto.
611-546	Anaximandro.
585	Tales anuncia un eclipse para el 28 de mayo.
585-525	Anaximenes.
580-500	Pitágoras.
570-480	Jenófanes.
540-470	Parménides.
540	Fundación de la escuela de Elea.
535-470	Heráclito.
532-522	Tiranía de Polícrates de Samos; Pitágoras marcha a la Magna Grecia.
500-428	Anaxágoras.
500	Parménides compone su poema didáctico *De la naturaleza*. Resolución antipitagórica en Crotona. Los compañeros de Pitágoras mueren en su mayoría. El maestro morirá poco después en Metaponto. Los pitagóricos marchan a la Grecia continental.
490-391	Gorgias de Leontinoi, sofista.
485-411	Protágoras de Abdera, sofista.
489	Nacimiento de Zenón de Elea.
480	El sofista Pródicos de Ceos imparte sus enseñanzas en Atenas.
469-399	Sócrates.
460-360	Demócrito.
442	El filósofo Meliso de Samos, general durante la rebelión samia contra Atenas, inflige a ésta una dura derrota.
440	Viajes de Empédocles por Sicilia, Magna Grecia y el Peloponeso.
440-366	Antístenes, discípulo de Sócrates, es considerado el fundador de la escuela filosófica de los cínicos.
435-360	Aristipo.
432	Anaxágoras es procesado por impiedad.
427	Gorgias el sofista, embajador de Atenas.

es la base de la ciencia griega hasta Aristóteles, y con este principio fundamental, que heredaron ya de los físicos jonios, crecen en Sicilia y en el sur de Italia primero, y en Atenas después, escuelas filosóficas que son la continuación de la "escuela de Mileto".

Un genio de primera magnitud parece haber sido predestinado para trasplantar al Occidente la tierna planta que había brotado en Mileto; éste fue Pitágoras, de cuyo valor y trascendencia no nos hemos dado buena cuenta todavía. Pitágoras era de Samos, a poca distancia de Mileto; su padre era joyero, que supo dar a su hijo una educación filosófica. La tradición supone que Pitágoras tuvo por primer maestro a cierto Ferécides, aunque debió de conocer a Tales, Anaximandro y Anaxímenes. A los veinte años comenzó a viajar y se cree que su estancia en Egipto y Babilonia duró treinta y



Mármol griego del siglo V a. de J. C. que representa a Níobe, personaje femenino de la mitología griega famoso por su fecundidad (Museo del Louvre, París).



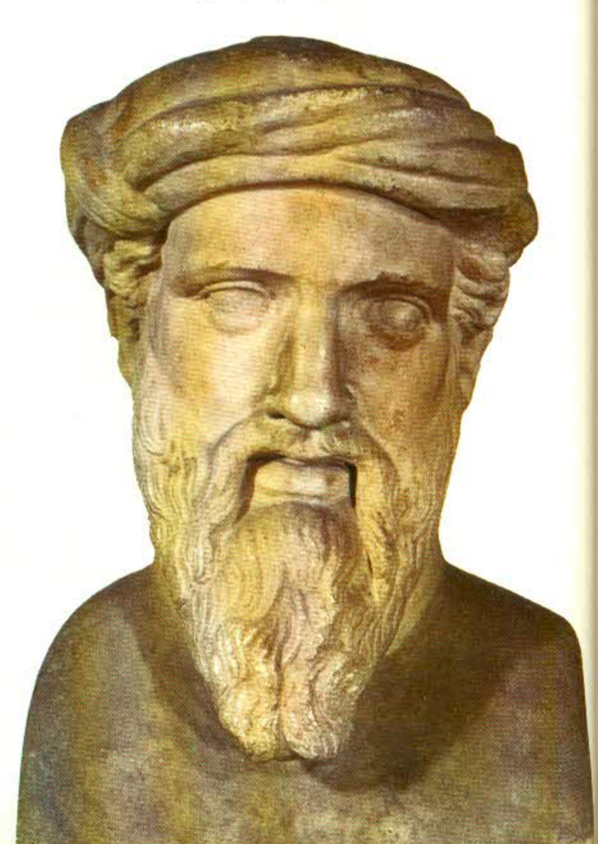
Pitágoras pulsando las cuerdas de una caja de sonidos, en un relieve de la portada de la catedral de Chartres. De su labor como matemático ha llegado a nuestro conocimiento, entre otras muchas cosas fundamentales, el teorema que lleva su nombre.

cuatro años. Sorprende que Pitágoras no se desnaturalizara con tan larga permanencia en países de cultura tan distinta a la suya.

Regresado a Samos, Pitágoras encontró la isla convertida en una ruina, por el ataque de los persas. Abandonando de nuevo, y esta vez para siempre, su tierra natal, Pitágoras se encaminó al Oeste lejano, donde esperaba encontrar paz y libertad para continuar sus estudios. Primero pasó por Atenas, y aun se cree que fue huésped del oráculo, en Delfos; pero su definitivo retiro tenía que ser una pequeña ciudad del sur de Italia, llamada Crotona. Allí se estableció Pitágoras y con él un grupo de discípulos. Vivían en una colonia suburbana, formando una sociedad científica y religiosa a un tiempo, como un convento, o más bien un falansterio, porque también se admitía a las mujeres. De la disciplina interior de esta sociedad no conocemos más que lo que nos han transmitido pitagóricos muy posteriores a los tiempos del maestro. La relación que nos hacen afirma que la compañía no se descompuso por desórdenes interiores, sino que acabó violentamente por un ataque del exterior.

Los habitantes de Crotona se cansarían de la vecindad de aquella colonia de místicos y sabios, cuya influencia, aun sin ellos quererlo, tenía que ser imponderable. Un novicio que había sido expulsado se aprovechó de un momento de disgusto popular para atribuir los males de Crotona a los pitagóricos y, amotinada la gente, puso fuego al "convento" con todos los que en él habitaban. Una tradición dice que el maestro pudo escapar y que acabó sus días en Metaponto. Otra tradición asegura que sólo se salvaron dos iniciados, Arquipos y Lisis, que esparcieron la nueva doctrina por todo el mundo griego. Pero ya Aristóteles insiste en la distinción entre Pitágoras y los pitagóricos para indicar que la doctrina del filósofo de Samos era diferente de la de sus discípulos. De todos modos, parece imposible absolver a Pitágoras del pecado de magia y de exagerados escrúpulos de moral; impuso a sus

Presunto busto de Pitágoras, filósofo de la Magna Grecia nacido en Samos, que enseñó en la segunda mitad del siglo VI a. de J. C. (Museo Capitolino, Roma). Su actuación chocó con las directrices democráticas vigentes en su época y se vio obligado a huir de Crotona, en donde se había establecido al fundar una secta místico-religiosa al estilo de la de los órficos, que ya existía en Grecia.



EL DESCUBRIMIENTO DE LA ONTOLOGIA

Las distintas escuelas filosóficas del llamado período presocrático plantean las cuestiones acerca de la naturaleza cada vez con más rigor y las resuelven de acuerdo con la articulación interna de sus doctrinas.

Pero el progreso no estriba sólo en la mayor precisión y profundidad de lo que sostienen los sucesivos pensadores, sino en el descubrimiento de nuevos horizontes intelectuales que permiten amplificar considerablemente la problemática inicial y llevarla a planos de reflexión nuevos y más radicales.

Antes del siglo V a. de J. C., la filosofía griega es una fisiología o cosmología. En esta primera etapa, el interés de los pensadores se centra en determinar cuál puede ser la materia primordial de donde proceden las múltiples y variadas cosas existentes. Las respuestas que se dan a esta cuestión no salen del marco de la experiencia, ya que se apela a alguno de los elementos o a la mezcla confusa de todos ellos.

Los dos grandes pensadores Heráclito de Éfeso y Parménides de Elea, que florecieron al terminar el siglo VI y en los comienzos del V, llevan la temática filosófica a un nivel diferente y de mayor profundidad. Ambos sostienen tesis contrarias, pero coinciden en haber descubierto lo que posteriormente se denominó ontología.

La hazaña intelectual que llevaron a cabo consiste en lo siguiente: las cosas observables en su múltiple apariencia no sólo varían y son diversas y, por tanto, suscitan la cuestión de su posible raíz común, sino que tienen un carácter más sorprendente todavía, a saber, "son". Es decir, presentan una indudable consistencia, están ahí como algo persistente, tanto si las conocemos como si las ignoramos, de tal modo que al hablar de ellas y pretender conocerlas debemos atenernos a su manera de ser. Se nos imponen como algo inexorable y resistente. Constituyen la última instancia de cualquier investigación. Ante su inapelable presencia, el filósofo debe plantearse una interrogación nueva: ¿qué quiere decir y cómo describir que las cosas sean?

Tanto Heráclito como Parménides se dan cuenta, además, de que el nuevo y radical aspecto de lo real por ellos descubierto lo ha sido gracias a una aptitud o fuerza que propiamente sólo tiene el hombre. Heráclito lo denomina *logos* o razón; Parménides, *nous*, o sea, mente. Una y otra, la razón y la mente, son medios de conocimiento cuyo término u objeto propio es el ser y las cosas en cuanto son.

El cambio por ellos operado no puede ser más sensacional. Se puede comparar a lo que ocurriría si de pronto cayéramos en la cuenta de que tenemos otro y más fundamental sentido que nos permite descubrir el último horizonte de nuestro mundo mental. La reflexión filosófica posterior no podrá ir más allá de los límites que ambos establecieron; su tarea hasta nuestros días va a consistir en articular y ordenar de muy diferentes maneras el vasto campo entrevisto por los dos, pero ya no será posible trascenderlo.

La consideración de todas las cosas en función del ser que les da consistencia y las "establece" como presentes al hombre ha sido el tema de la ontología, doctrina que da razón del ente.

Heráclito afirma una y otra vez que las cosas cambian, "fluyen como el agua de un río"; las compara a un fuego "que se enciende y apaga regularmente". En una primera mirada se diría que todo es inconsistente, fantasmal. Pero la realidad entera se estabiliza y constituye en las diversas cosas de la experiencia, gracias a la eficacia y regularidad de la ley racional, el *logos*. Por esto las cosas "se recogen" en los *logos* que las articula y permite que el hombre pueda conocerlas porque él también tiene *logos*.

Parménides en su poema, después de una introducción alegórica en la cual expresa con imágenes simbólicas el alto valor que atribuye a sus descubrimientos filosóficos, enumera los atributos del ser intuido por la mente, en oposición a la apariencia sensible.

En primer lugar, establece la identidad del pensar y el ser. El pensamiento está naturalmente referido a lo que es; ¿qué otra cosa puede ser pensada sino lo que es? ¿Y cómo se hace presente el ser sino mediante el pensar, que lo descubre y afirma en sus actos? El ser es presente, no sólo porque el pasado y el futuro no son, sino porque el acto de pensar no hace más que patentizar el ser de lo pensado.

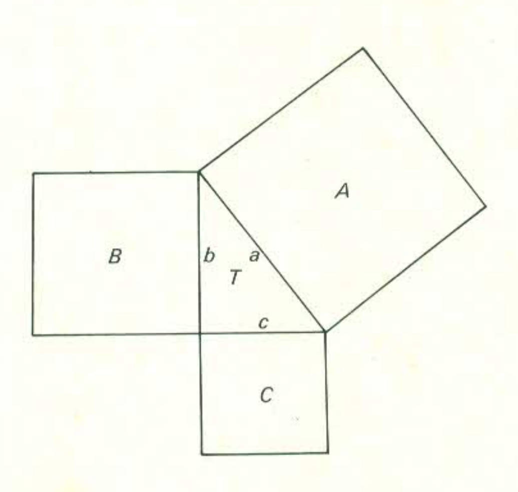
El ser es uno porque la pluralidad implicaría separación de los múltiples seres, y no habría modo de separar lo que es, sino mediante el no ser o la nada, la cual es tan impensable para la mente como la oscuridad es invisible a los ojos o el silencio es inaudible.

En último término, el ser es ingénito e imperecedero porque el nacimiento o la muerte supondrían de nuevo el no ser como comienzo o como fin, y hay que reiterar que la nada es ininteligible. Las apariencias no tienen entidad, son ilusiones inconsistentes.

F. G.

discípulos largos períodos de silencio y abstinencia, y los catecúmenos sufrían penosas iniciaciones para llegar al conocimiento superior, siendo purificados con *catarsis*, o purificaciones musicales, que limpiaban el alma como las purgas el cuerpo. En la escuela de Crotona se creía en la reencarnación y en la fraternidad de hombres y animales.

Pero también los antiguos hubieron de reconocer los grandes progresos que en casi todos los ramos de la ciencia se consiguieron por el esfuerzo de Pitágoras, especialmente en la geometría, la música y la astronomía. Hoy parece probado que el primer libro de los *Elementos*, de Euclides, que ha sido la base de las geometrías elementales hasta la época moderna, es, en sustancia, obra de Pitágoras. A él se debe la proposición de que, en un triángulo rectángulo *T*, el cuadrado *A* es igual a la suma de los dos cuadrados *B* y *C*.

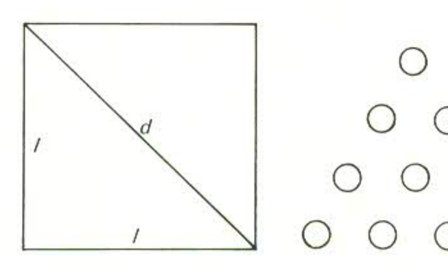


Esto es, que el cuadrado de la hipotenusa *a* (que quiere decir *cuerda tendida*) es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados *b* y *c*. El lector casi no nos creerá cuando digamos que la trascendencia de esta proposición es enorme; la fórmula $a^2 = b^2 + c^2$ se



Supuesto retrato de Parménides, filósofo del sur de Italia, cuyo pensamiento floreció a principios del siglo V antes de J. C. (Villa Albani, Roma). Su doctrina, expuesta en el poema "Sobre la naturaleza", del que se conservan muchos fragmentos, se resume en estas afirmaciones: el ser es, el no ser no es; pensar es ser. Sin duda, conoció el pitagorismo y estuvo en contacto con Sócrates.

emplea a cada momento en el cálculo. No sabemos cómo Pitágoras consiguió demostrar su teorema; hoy se prueba por un procedimiento bastante laborioso, pero es seguro que Pitágoras no debió de contentarse con el enunciado, sino que lo demostró rigurosamente: hasta se dice que quedó tan contento de su hallazgo, que sacrificó un carnero a los dioses. Esta relación de cuadrados le llevaría a pensar mil otros corolarios. Pero consta que se atascó al querer hallar la medida de la diagonal de un cuadrado conociendo la medida del lado, porque según la fórmula $d^2 = l^2 + l^2 = 2l^2$ resulta que $d = \sqrt{2l^2} = l\sqrt{2}$ y la raíz cuadrada de 2 es un número inconmensurable, que desconcertó por completo a Pitágoras. No había, pues, manera de calcular la diagonal en función de la longitud del lado. Para un temperamento místico como Pitágoras, esta diferencia en números racionales y números irracionales sería motivo de preocupación enorme. Veía formas en ciertos números y



otros no se podían reducir a líneas o superficies. De aquí su idea del número perfecto, o sea el diez. Era un número triangular, compuesto de 1+2+3+4, de dos pares y dos impares, un *número natural*, y, por tanto, no tiene nada de extraño que bárbaros y griegos contasen por decenas.

Consignemos como detalle interesante que Pitágoras llegó a descubrir que la Tierra era esférica fundándose en que la esfera es la superficie perfecta, igual en todas direc-

LOS ELEMENTOS ENIGMATICO Y AGONICO EN LA FILOSOFIA PRESOCRATICA

ESFERA DEL ENIGMA

Ya desde la época aristotélica hubo una conciencia de la relación entre el juego de los enigmas y los orígenes de la filosofía.

CARACTER AGONICO (LUCHA Y COMPETICION)

La palabra "problema" delata el origen del juicio filosófico en un reto o tema a resolver, lanzado por alguien contra otro con el que se compite.

El que busca la sabiduría –"filósofo"– se presenta siempre en Grecia como un típico luchador, reta a sus compañeros, los ataca con violentas críticas y alardea de posesión de la verdad.

EJEMPLOS DE CARACTER ENIGMATICO DE LA FILOSOFIA ARCAICA

ZENON

Combate a los contrarios de la filosofía de su maestro Parménides con "aporías", es decir, parte de sus supuestos, pero saca de ellos consecuencias que se excluyen y contradicen; la forma de la aporía nos la presenta como un enigma.

HERACLITO

Llamado "el Oscuro", considera que la naturaleza y la vida representan un "griphos", un enigma.

EJEMPLOS DEL CARACTER AGONICO DE LA FILOSOFIA ARCAICA

HERACLITO

Ve en el proceso cósmico una lucha eterna de oposiciones primarias que radican en la naturaleza de todas las cosas; la guerra es la madre de todas las cosas.

EMPEDOCLES

Presenta el concepto de "filía" –amor– y el de "neikos" –discordia– como dos principios que, desde el comienzo, dominan eternamente el proceso cósmico.

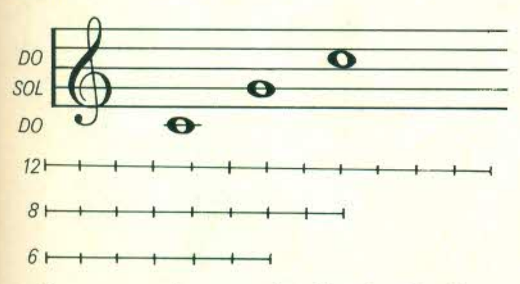
Todo el contenido agónico o enigmático, que es general a la filosofía presocrática y se halla en clara relación con las antiguas cosmogonías teológicas, es decir, con los mitos, cuya estructura pasó a las explicaciones físicas de los milesios, pervive en Sócrates –un filósofo difícil de interpretar– y en Platón –que continúa sirviéndose de la forma dialéctica– como una de las más interesantes aportaciones de la filosofía presocrática.



Restos del templo de Metaponto, en la Magna Grecia, ciudad donde Pitágoras estableció su última escuela y donde murió a principios del siglo V antes de Jesucristo.

Fragmento de un fresco de Boscoreale que representa a un filósofo (Museo Nacional, Nápoles). La inspiración griega de la obra evidencia que, tanto para el pintor como para todo hombre culto, la imagen del verdadero filósofo se identifica con la vida y el ambiente de los primeros griegos que se interesaron por el saber.

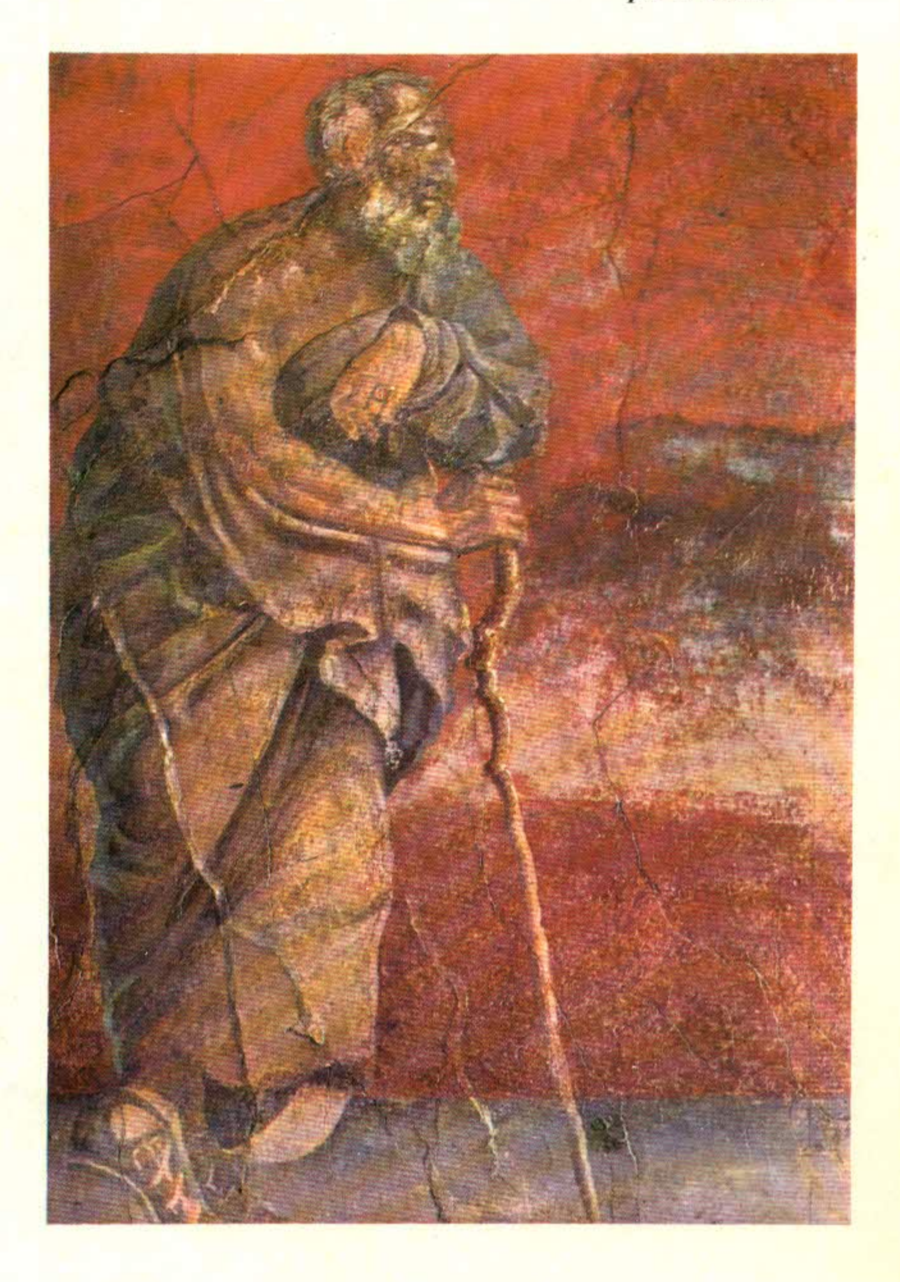
ciones, y, por tanto, los cuerpos celestes debían ser esféricos. En cambio, por un razonamiento análogo supuso que el número de los cuerpos celestes tenía que ser diez, y como no se veían más que nueve (Luna, Sol, Tierra, Marte, Venus, Mercurio, Júpiter, Saturno y las estrellas fijas), imaginó un décimo invisible, que llamó Antitierra o *Hipokton*. Pero lo que estimuló más la imaginación de Pitágoras fue su hallazgo de lo que en música se llama *intervalo perfecto*, esto es, la relación de las cuerdas para producir tres notas armónicas.



Estas tres notas guardan la relación de 12 a 8 y de 8 a 6. Pitágoras observó que para producir la octava del *do* hay que hacer vibrar una cuerda de la mitad de longitud de la que ha dado el primer *do*, y para el *sol* debe reducirse una tercera parte. *Do : sol : do* están en la relación 12 : 8 : 6.

Si los números estaban identificados con sonidos, debían ser aquéllos la esencia de las cosas, y la causa de su mismo ser y subsistencia. He aquí otra desviación mística de la ciencia que produciría más tarde muchos extravíos.

Es muy posible que la relación de los números y la manera de calcular el espacio fuera ya una primera enseñanza de Pitágoras



en la escuela de Samos. El famoso tirano Polícrates, que construyó el templo de Hera, en Samos (del que se conserva sólo una columna aislada, pero gigantesca), hizo perforar un túnel de un kilómetro a través del monte Kastro. Hasta se conoce el nombre del arquitecto, cierto Eupalinos, de Megara. Ahora bien, construir el templo descomunal de Hera y perforar la montaña con instrumentos primitivos revela gran conocimiento de geometría.

Sin embargo, lo que debió de desviar a Pitágoras, recién llegado de su largo viaje, sería la destrucción despiadada de su ciudad natal, que había resistido la invasión persa. Desde entonces lo predominante en el pensamiento del filósofo fue la manera de conducirse en la vida.

De Pitágoras no se han conservado más que frases sueltas y un centenar de sentencias de moral que los antiguos conocieron como los "versos de oro". He aquí algunos de los más inteligibles: 1. Venera a los dioses inmortales. – 2. Respeta el juramento. Honra a los héroes... – 9. Aprende que las cosas son de diversas maneras. – 10. Evita la glotonería, la lujuria y el sueño... – 13. Practica la justicia. – 14. No te irrites sin reflexión... – 20. El destino evita muchos males a los que son buenos... – 40. No te duermas... (41) sin haber considerado cada uno de tus actos durante el día. – 42. ¿En qué has faltado? ¿Qué has omitido? ¿Por qué no has ejecutado lo que tenías que hacer?... – 46. Estos preceptos te pondrán en el camino de la divina virtud... – 52. Conocerás que la justicia



Columnas dóricas del templo de Cástor y Pólux, obra del siglo VI a. de J. C., en Agrigento, Sicilia.



Cabeza helenística que se supone representa al filósofo Empédocles, que vivió a mediados del siglo V a. de J. C. Sus contemporáneos le consideraron como un semidiós, debido a sus conocimientos de medicina y a sus prácticas de taumaturgia. Como filósofo redujo el mundo a la combinación de cuatro elementos: agua, tierra, aire y fuego.

es parecida a la naturaleza. – 53. No esperarás nada imposible. – 54. Comprenderás que los hombres se procuran conscientemente todos los males. – 55. Miserables, no saben ver ni entender los bienes que tienen a su lado... – 56. Ruedan como cilindros y recogen males indecibles... – 63. Pero tú sabes que la raza de los hombres es divina. – 64. Y que la sagrada naturaleza te revelará abiertamente todo lo bueno que existe... – 71. Tú serás dios inmortal, incorruptible y libre para siempre de la muerte.

Este último verso asegura que el hombre, practicando la virtud natural, será eterno y como dios. Queremos que el lector compare esta divinización con la que se obtenía con la orgía dionisiaca. También el bacante, con prácticas preparatorias, embriaguez, danzas y paroxismo de agitación, pretendía confundirse con el dios Dionisos-Baco. El tratamiento que propone Pitágoras es la contemplación silenciosa, mística, de lo que es natural, y por consiguiente, según él, perfecto, porque es armónico. El elemento divino que está inmanente en todas las cosas no puede ser malo en sí mismo. ¿No es verdad que los versos de oro se parecen a los proverbios bíblicos? No en vano Pitágoras estuvo en Siria.

Los pitagóricos no rezaban para conseguir favores de los dioses. Era blasfemar creer en un dios corruptible y que podría cambiar por nuestra plegaria las leyes establecidas de la naturaleza. Es por las prácticas catárticas o purificaciones morales como los iniciados logran ser ellos mismos un factor de la armonía, y con su conducta no necesitan rogar al dios.

Sin que pueda llamarse discípulo de Pitágoras ni continuador de su escuela, Parménides ocupa un lugar inmediato a él en la

LA CONCEPCION MORAL DEL PITAGORISMO

Los griegos, en plena evolución, agrupados en ciudades hostiles entre sí y desgarradas por terribles luchas intestinas, no poseen un sistema moral ni religioso sólido.

Los poetas de la época, Simónides de Ceos, Simónides de Amorgos y Mimnermo, desarrollan el tema de la vanidad de la vida. Teognis de Megara maldice a los tiempos nuevos de la democracia y se desespera al ver mudarse las antiguas formas de la sociedad.

El pensamiento milesio no puede aportar a unos hombres que acaban de desprenderse de las jerarquías sociales, bajo las cuales han vivido durante siglos, ningún nuevo ideal colectivo, porque no les proporciona la fe acompañada de la certeza.

La oleada de pesimismo viene acompañada por una profunda corriente mística. Desde el advenimiento de las tiranías y la democracia, los "misterios", orientados hacia la vida del más allá, ejercen una acción cada vez más intensa sobre el pueblo.

El filósofo Ferécides de Siros trata de hacer de la mitología griega una cosmogonía en la que Zeus es concebido como el soplo que, en forma de aire, penetra en el universo y donde el alma humana es inmortal.

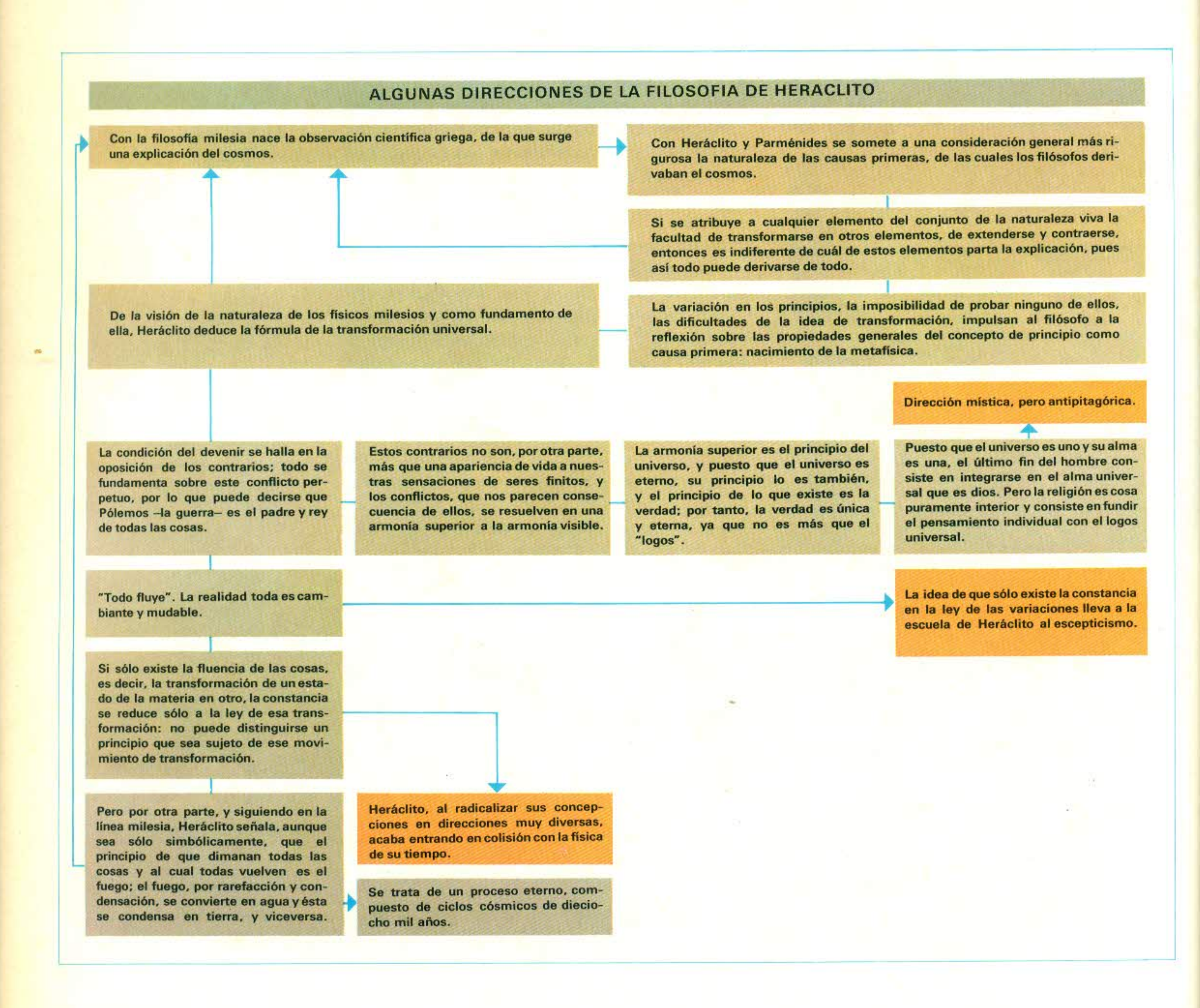
Pitágoras, discípulo de Ferécides, viaja por Oriente y conoce las grandes concepciones místicas de Mesopotamia y Egipto –parece que conoció personalmente a Zoroastro en Persia–.

En el mundo griego, la desaparición de las antiguas clases sociales, la emancipación individual y la tendencia mística del pensamiento religioso son otras tantas aspiraciones confusas a las que Pitágoras aporta una armonía, un orden y un ideal que le hacen adquirir un ascendiente inmenso entre las minorías selectas.

Sus enseñanzas aparecen esencialmente como revelación mística y profética de una norma de vida, independiente de toda consideración racional, de las estructuras religiosas de las ciudades, o sea, de los misterios tal como existen en Grecia. Su meta consiste en procurar al alma la vida eterna, librándola de "la tumba", que es para ella el cuerpo. Lo que distingue al pitagorismo de los misterios griegos es que no se asegura la salud del alma mediante un culto y unas prácticas, sino además mediante una moral.

Para Pitágoras, el objetivo de la vida consiste en liberar el alma inmortal de la materia por medio de la pureza. Después de esta vida, y tras una estancia temporal en el Hades, donde los dioses la castigarán por sus pecados, el alma se reencarnará en otro ser viviente, hombre o animal, hasta que haya podido separarse de la materia y consiga asistir a la redención final en la morada de los dioses.

La organización de la secta era la de una sociedad secreta en la que no se penetra sino después de un rito de iniciación constante en la revelación de los secretos místicos.



historia del espíritu humano. Poco sabemos de su vida, por más que su doctrina causó profunda impresión en los filósofos del siglo V y se le siguió respetando como figura de capital importancia mientras quedó tradición de la cultura clásica. Parménides era natural de Elea, una pequeña colonia jónica al sur de Nápoles; se contaba que había dado un código de leyes a la colonia y se enseñaba el sepulcro donde había hecho enterrar al pitagórico Ameinias, que le había "convertido a la vida filosófica". Así, pues, Parménides, aunque pensando por cuenta propia, puede considerarse espiritualmente emparentado con Pitágoras, y algo debió de aceptar de las prácticas y la moral de la escuela de Crotona cuando Estrabón, mucho más tarde, menciona a Parménides como "un pitagórico" y se habla de la "vida pitagórica y parménica" en plena época romana. De todos modos, gozaría de gran reputación a mediados del siglo V, porque Platón nos lo presenta con la aureola de jefe de escuela, merecedor de todo respeto. Pero casi no nos atrevemos a considerar como gran fortuna que se nos haya conservado un poema de Parménides que se hizo famoso entre los antiguos griegos. Se trata de un verdadero rompecabezas literario. El autor de este libro ha pasado tormentos indecibles al leer la infinidad de textos que ha tenido que revisar para componer estas páginas, pero nada iguala a la tarea de tener que descifrar la alegoría poético-filosófica de Parménides. Y no es que el poema haya llegado hasta nosotros mutilado o corrompido, porque lo tenemos intercalado en el libro de Simplicio, quien lo copió del manuscrito de la biblioteca de la Academia fundada por Platón, que debía de existir aún en su tiempo. Y como

sabemos que Platón pasó grandes trabajos para procurarse los manuscritos de los filósofos del sur de Italia, lo más probable es que los discípulos de la Academia experimentaran los mismos sinsabores que experimentamos nosotros al leer y releer el poema de Parménides sin llegar a su completa dilucidación.

Parménides empieza su poema con un prólogo en que supone que las Hijas del Sol lo raptan, llevándoselo en un carro cuyas ruedas suenan musicalmente. Condúcenlo más allá de las regiones donde mora la Noche. "Las puertas que separan el Día de la Noche tienen el umbral de piedra –dice Parménides– y la Justicia vengadora guarda las llaves." Más allá, pues, del reino de la oscuridad, una diosa habla al filósofo, descubriéndole verdades trascendentales.

Hasta ese momento todo parece claro: el carro cuyo eje produce música sugiere el vehículo pitagórico; comprendemos que lo guíen las musas, pero ¿quién es la diosa?, ¿por qué la Justicia guarda las llaves? En este prólogo falta un comentario. Parece el viaje del *Fausto* para lograr la llave de las Ideas-madres, que no se ha interpretado satisfactoriamente aún.

Acabado el prólogo, empieza el discurso de la diosa; ésta incita a Parménides a que mire lo distante como si fuera presente. Es una primera insinuación de que todo es uno, que no hay espacio vacío entre la materia. "Tú no puedes separar lo que está unido, ni lo puedes desparramar para que no se reúna." He aquí el capital descubrimiento de Parménides: que no existe el vacío, y que la materia se extiende "esféricamente" en todas direcciones. La diosa añade: "Todo es uno para mí, donde yo empiezo, porque yo vol-

Templo de la Concordia, en Agrigento, la antigua Acragas, patria de Empédocles.

Reverso de una moneda de Selinonte, Sicilia, dedicada a Empédocles, con representación de un tema deportivo (Museo Británico, Londres).





Vista del Partenón, templo dórico del siglo V a. de J. C., construido sobre la acrópolis en los días de esplendor de Atenas. En primer término, las ruinas del antiguo templo de Atenea.

veré allí otra vez". Esto se parece bastante a lo que propone Heráclito: las cosas del universo son fijas, estables y sólidas. Lo que sigue es aún más difícil de entender.

"Ven ahora y escucha: hay sólo dos maneras de pensar. La una, que es la verdadera, es la que llamaré la del ES, por la que creemos que es imposible el NO SER. La otra, que llamaré la del NO ES, y que necesita del NO SER (o vacío), no conduce a ningún resultado. Porque tú no puedes pensar en lo que no es ni enunciarlo, ya que es lo mismo el pensar una cosa que el ser la cosa."

"Todo lo que puede ser enunciado o pensado debe ser, ya que puede ser; mientras que lo que no es, no puede ser. Esto es lo que te pido que medites..."

Para comprender por qué tiene tanto empeño Parménides en convencernos de que lo que no es, no puede ser, bastará sólo recordar que los físicos-filósofos de Jonia habían supuesto que todas las cosas derivan de un primer elemento: agua, según Tales; aire, según Anaximenes; fuego, según Heráclito..., y que el ser más o menos concentrado este fuego, o aire, o agua, producía la gran

variedad que vemos en los cuerpos de la naturaleza. Pero la materia, para concentrarse, tiene que encerrar más materia en la masa y, por tanto, ocupar un lugar que estaba vacío (el vacío que Parménides llama el "no ser" o "la nada"), y como, según Parménides, la nada no puede existir, la física de los filósofos de Mileto cae por su base.

Tampoco puede filosóficamente explicarse el movimiento; pues, según Parménides, para ir una cosa de un lugar a otro ha de desplazar otra que estaba allí antes, o ha de ir a un sitio donde no había nada; y aun suponiendo que vaya a donde ya había algo, la cosa desplazada debe empujar a otra, y así sucesivamente, hasta llegar a un lugar donde no había nada, lo que es absurdo. ¡El no ser –la nada– no puede ser! El movimiento tampoco.

Pero la doctrina capital del poema de Parménides está en la frase que hemos copiado: "Todo es uno para mí". La razón de insistir en este punto era para refutar otra teoría, que explicaba la variedad aparente de las cosas con cuatro elementos primordiales: el agua, el aire, la tierra y el fuego, afirmando que su combinación en diferentes proporciones producía las sustancias más variadas. El propagador de esta nueva solución era un contemporáneo de Parménides, bastante hablador, el famoso Empédocles de Agrigento, en Sicilia. Empédocles empezó siendo pitagórico, pero había sido expulsado de la orden por su locuacidad extremada.

En cierta época de confusión política, Empédocles, apoyado por el partido democrático, se hizo el dueño de Agrigento, gobernando la gran metrópoli siciliana con una combinación fantástica de prudencia y extravagancia. Empédocles reaparecerá en las páginas de este libro, porque este hombre, con curiosidad tan varia como sus cuatro elementos, se preocupó de medicina, física y biología, adivinando genialmente algunas leyes naturales. Pero ahora, en nuestro relato del esfuerzo filosófico en el siglo V antes de J. C., Empédocles se nos presenta como un perturbador. Ya Aristóteles, al contar la historia de sus predecesores, se limita a decir que Empédocles había vivido atrasado para su tiempo. Sin embargo, la doctrina de los cuatro elementos de Empédocles hizo estragos hasta en la Edad Media; se comprende, pues, que Parménides tuviera tanto empeño en insistir que "sólo lo uno" es posible y "lo vario" es imposible.

Un discípulo de Parménides llamado Zenón de Elea, para distinguirlo de otro Zenón estoico que vivió más tarde, trató de apoyar las ideas de su maestro con una serie de paradojas muy inquietantes. He aquí uno de los "argumentos" con que Zenón "quiso proteger" a Parménides: para ir del punto *A* al punto *B* tenemos que pasar por el intermedio *C*. Avanzando, para ir de *C* a *B* tendremos que pasar por *D*, a la mitad de la distancia *CB*. Una vez llegados a *D*, para ir de *D* a *B* tendremos que pasar todavía por el punto medio *E*... Y así sucesivamente. Siempre habrá un punto a la mitad del espacio que queda por recorrer, y, por tanto, es imposible llegar al final de la línea *A B*. Consecuencia: suponiendo que nos movamos, tardaremos una eternidad para ir de *A* a *B*.



Busto de Sócrates, el filósofo por excelencia, aunque no se conserva ningún escrito suyo porque quizá no los escribió jamás (Museo del Louvre, París). Su persona y su pensamiento nos son conocidos por las obras de su discípulo Platón, que lo representa como una figura fascinante. Las pocas noticias que tenemos de él han contribuido a la formación de un personaje mítico que con la sola arma del diálogo hacía llegar a sus interlocutores la verdad.



Vista general del ágora de Atenas, y al fondo el templo de Hefestos, impropiamente llamado Teseion por las esculturas que lo adornaban y que representaban las gestas de Teseo, héroe protector de Atenas. Es el que mejor se conserva de todos los templos griegos y fue edificado en la segunda mitad del siglo V a. de J. C., al tiempo que Sócrates dialogaba con sus discípulos en la contigua ágora, mercado y centro de la vida urbana.

Otro argumento de Zenón es la historia de Aquiles y la tortuga. Ambos se desafían a correr, pero la tortuga ha comenzado antes. Aquiles es el mejor corredor del mundo, pero cuando llega al sitio donde estaba la tortuga en el momento de empezar Aquiles a correr, la tortuga había ganado espacio. Aquiles corre y llega a este punto también, pero la tortuga, mientras tanto, ha dado algunos pasos más. Por mucho que corra Aquiles, por muy despacio que vaya la tortuga, siempre, durante el tiempo que invierte Aquiles tratando de ganar el espacio que los separa, la tortuga habrá avanzado algo. Consecuencia: Aquiles nunca alcanzará a la tortuga. Otros dos "argumentos" parecidos completaban el ramillete de absurdos de Zenón.

Ya se comprende, sin embargo, que por sutiles que fuesen los "argumentos" de Zenón, no podían detener el espíritu inquisitivo de los griegos. La verdad es que en este caso no se salvaba el fenómeno, y por más que fuera un absurdo filosófico, todo el mundo comprendía que en la práctica se podía ir de *A* a *B*, y que Aquiles alcanzaría la tortuga. Por otra parte, Parménides parecía tener razón insistiendo en la unidad de la materia y en lo imposible de concebir el vacío; sin embargo, las cosas aparecían variadas y era evidente que se podían condensar los cuerpos.

Para explicar estas anomalías, un discípulo de Parménides llamado Leucipo anticipó la teoría atómica de que aún nos valemos. Hay una sola sustancia, como decía Parménides, pero está dividida en partículas homogéneas pequeñísimas, que llamó *átomos*, entre las que quedan poros. Cada átomo tiene extensión y todos los átomos son iguales en sustancia, según Leucipo. Por tanto, la variedad que aparece en las cosas proviene de la forma de los átomos, de la posición o de sus combinaciones. Esta idea de la forma de los átomos explica por qué Leucipo los llamaba *figuras*, acaso recordando la terminología pitagórica. El sistema de Leucipo es ingenioso y satisface, mientras no nos preocupamos más que del mundo real, pero en el plano metafísico no resuelve nada, porque introduce de nuevo el vacío en el espacio que queda entre los átomos en forma de poros. "El todo es infinito y en parte está lleno y en parte está vacío." No hacía falta para esto que se esforzara Parménides diciendo que el vacío no es ni puede ser. Leucipo parece un rezagado de Mileto, que fue a establecerse a Elea, sin conseguir asimilar la dialéctica de los filósofos eleáticos.

Parménides hubiera preguntado: ¿Y el movimiento? La respuesta de Leucipo, y de su discípulo Demócrito, era que los átomos están siempre en agitación. No obstante, ya Aristóteles se quejaba de que "los atomistas, indolentemente", habían dejado sin acla-



Detalle del friso del tesoro de Sifnos, en el santuario de Apolo, en Delfos (Museo de Delfos). En él se representan algunos dioses olímpicos, los mismos que merecían el respeto de todos los ciudadanos y la burla de Sócrates, delito llamado impiedad.

rar si los átomos se movían porque les era natural el moverse o si alguien les impuso una actuación contraria a su naturaleza. No decían más sino que se movían por necesidad.

Como se ve, hacia el año 450 a. de J. C. la filosofía griega (si es que podemos darle ya este nombre) se ha propuesto una serie de problemas insolubles: el de la estructura de la materia y el de las causas del movimiento. De pasada, interrogando a la naturaleza para elucidar estos problemas capitales, se habían discernido algunas verdades matemáticas y físicas, pero los discípulos de Pitágoras, Parménides y Leucipo debieron de darse cuenta de que habían penetrado en un callejón sin salida. Existía también el peligro del misticismo; los números de Pitágoras, el *Uno* increado de Parménides, la agitación necesaria de Leucipo, el torbellino creador de Anaxágoras, todo podía ponerse en lugar de Dios y acabar la ciencia en una vana especulación. Aristófanes ya se burla de los remolinos *(vórtex)* que habían sustituido a los dioses hacia la mitad del siglo V.

Por fortuna, un genio sincero, puro, dotado de gran inteligencia; capaz de comprender, hábil para razonar y deseoso de saber; humilde para confesar su ignorancia y tenaz para continuar un proceso fatigoso, apareció en Atenas por esta época. El lector habrá advertido que nos referimos a Sócrates.

90

Había nacido hacia el año 470 y era de humilde familia; su padre había sido escultor y su madre comadrona. No sabemos cómo se las arregló Sócrates para vivir; tal vez sus progenitores pudieron legarle algo, que al filósofo hubo de bastarle para subsistir.

La escuela de Sócrates era la vida; sus maestros, la gente que encontraba por la calle, pues en aquella época Atenas era el centro del mundo griego y por sus calles transitaban gentes con las que valía la pena dialogar. Con su marina, Atenas había liberado las islas del Egeo y con su flamante colonia de Turi trataba de establecerse en el sur de Italia. De Turi a Crotona hay una distancia de pocos kilómetros y Elea tampoco se hallaba muy lejos de Turi. Se afirma que Empédocles tuvo que refugiarse en ella y acabó sus días en aquella dependencia de Atenas.

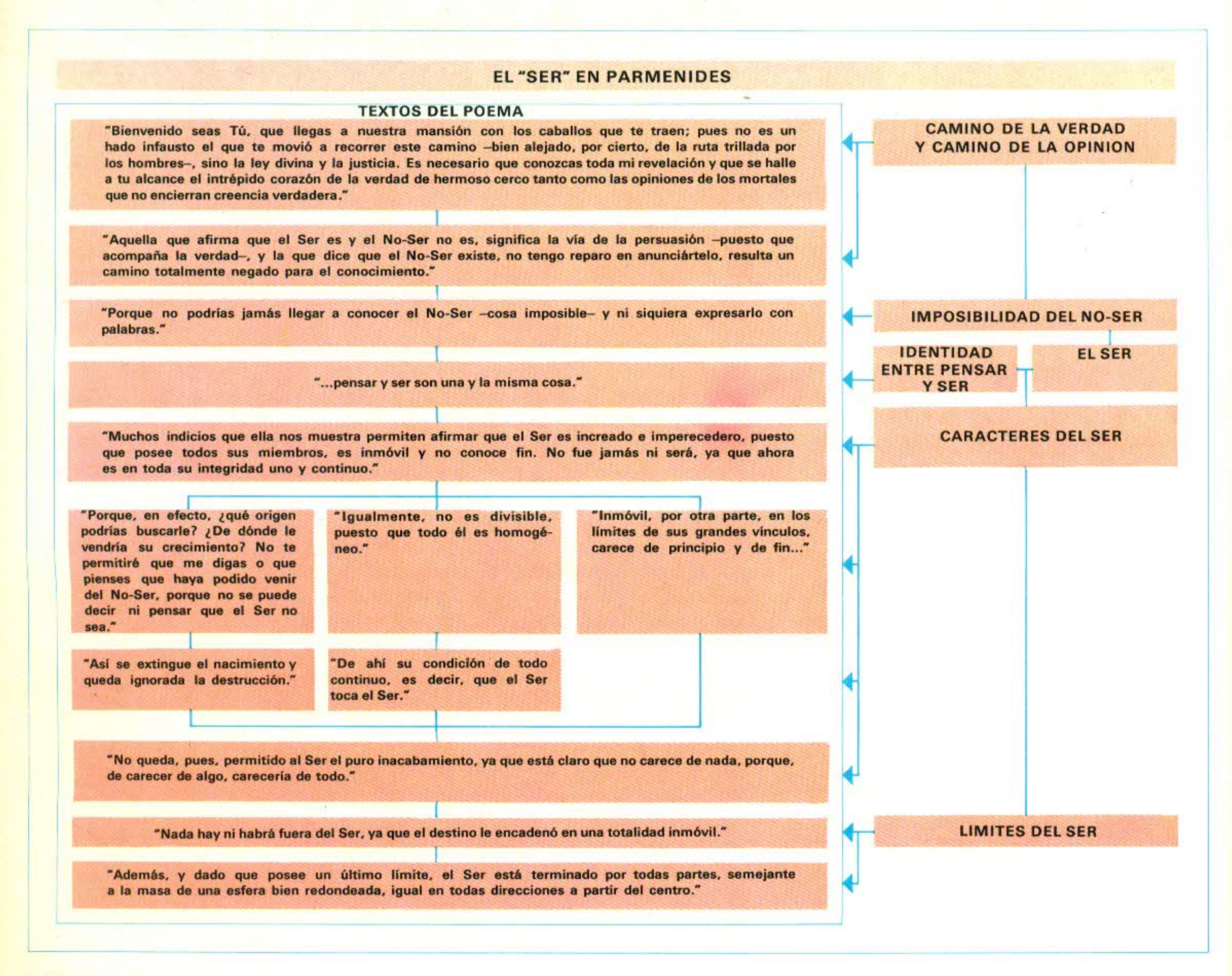
Pero Sócrates no tenía que moverse de su ciudad natal para intimar con ingenios de gran altura. Por de pronto, estaba allí el gran Anaxágoras, protegido de Pericles; además, Sócrates era íntimo amigo de Fidias y de Sófocles, y se hace mención de Aspasia, la compañera de Pericles, como de una maestra suya en muchas cosas. Contaba también Atenas con otros muchos forasteros eminentes, que residían en la ciudad lo suficiente para poder tener con el joven Sócrates largas conversaciones. En uno de los diálogos de

Platón se reproduce el interrogatorio con que castigó Sócrates a los dos eleáticos Parménides y Zenón, quienes habían llegado a Atenas para asistir a las fiestas de las Panateneas. Según Platón, Parménides, que contaba entonces sesenta y cinco años, tenía el cabello completamente blanco y era de agradable aspecto. Zenón rayaba en los cuarenta y era alto y gallardo. Estaban alojados en casa de un hermanastro de Platón. Sócrates va a visitarles una mañana y el viejo Parménides complácese contestando a todas las preguntas del joven ateniense, por más que Zenón intenta librar a su maestro de aquel importuno. He aquí cómo les habla Sócrates:

"Veo que Zenón es un segundo Parménides, sólo que dice las cosas de otra manera. Tú, Parménides, nos quieres convencer de que Todo es Uno, y Zenón, por su parte, nos dice que lo Vario no puede ser. Este argüir de dos maneras distintas, una afirmando una cosa, y otra negando la contraria, exige un esfuerzo superior a nuestra capacidad..."

Aquí Sócrates, acaso con algo de ironía, alude a la juventud de la escuela de Atenas, a su falta de preparación mental para resistir el ataque del filósofo de lo uno, del todo y de lo vario. Por su parte, Parménides, sin dejar de reconocer que Sócrates resiste más que "un galgo espartano", le acusa de inconsistencia y le recomienda lógica, dialéctica. Es un contraste interesantísimo de dos generaciones y de dos maneras de pensar, porque hasta Sócrates no podemos afirmar que Atenas hubiese desempeñado un gran papel en el campo de la filosofía.

Por de pronto, Sócrates se desentiende de todas las teorías anteriores. No ha de admitir nada que no esté probado hasta la evidencia; tanto, que el no aceptarlo sería ya síntoma de locura. La lógica y la dialéctica, que le recomendaba Parménides, va a apli-



Inicial miniada de una obra de Platón, el "Fedón", en que se cuenta el juicio y la muerte de Sócrates, en un códice del siglo XV (Biblioteca Nacional, París). Al fin de una vida de enseñanza, Sócrates fue acusado de impiedad y de corrupción de la juventud, y condenado a beber la cicuta que le causó la muerte.

carlas con un rigor que nadie había demostrado todavía; es acaso la mayor contribución de Sócrates a la historia del espíritu humano. Quiere que las verdades metafísicas tengan la misma claridad y suprema evidencia que cualquier otro accidente de la vida. Emplea comparaciones de todos los oficios; las más pedestres y vulgares ocupaciones le sirven de paralelo para las cosas abstractas.

Lo que Sócrates desprecia es la retórica, que entonces estaba de moda en Atenas. Los maestros de oratoria, llamados sofistas, cobraban caro para enseñar a hablar. Sócrates no quiere enseñar a hablar, sino a pensar. Platón nos presenta a Sócrates confundiendo a los mayores sofistas de su tiempo. Una vez es el famoso siciliano Gorgias; otra, el gran Protágoras de Abdera. He aquí cómo los trata Sócrates:

"–Dime, Gorgias, ¿cuál es tu arte? –La retórica, Sócrates... –¿De qué trata la retórica, Gorgias? –Del discurso. –¿Qué discurso, Gorgias? ¿No será el de recomendar a un enfermo que se ponga bueno? –No... –Dime entonces, Gorgias, ¿en qué se ocupa la retórica? –En las más grandes y mejores cosas de la humanidad. –Esto también es ambiguo, Gorgias, porque, ¿cuáles son las más grandes y mejores cosas de la humani-


ΑΡΙΣΤΟΦΆΝΟΥΣ
ΚΩΜΩΔΙΑΙ ιά.
ARISTOPHANIS
COMOEDIÆ UNDECIM,
Græcè & Latinè,
Cum Indice Parœmiarum ſelectiorum,
ET
Emendationibus virorum doctorum præcipuè
JOSEPHI SCALIGERI.
Acceſſerunt præterea
FRAGMENTA
Ejuſdem ineditarum Comœdiarum
ARISTOPHANIS.

LVGDVNI BATAVORVM,
Ex officina JOANNIS MAIRE.
cIↄ Iↄc XXIV.

Portada de una edición bilingüe –latín y griego–, del siglo XVI, de las once comedias que se conservan del comediógrafo griego Aristófanes, contemporáneo de Sócrates (Biblioteca Central, Barcelona).

Escultura romana que representa a Agatón, poeta trágico griego de la segunda mitad del siglo V a. de J. C., amigo de Sócrates (Museo Capitolino, Roma). Es uno de los personajes del "Banquete" de Platón y sólo se conservan algunos títulos y fragmentos de sus tragedias.



dad? Supongo que habrás oído cantar a la gente en la taberna que lo mejor de la vida es la salud, la belleza y el dinero...".

Apurado Gorgias, cree salir del paso definiendo la retórica como el arte de la persuasión. Pero los matemáticos también quieren persuadir..., y Sócrates prueba que la retórica y el arte del cocinero no son más que dos ramas del arte de agradar...

¡Cuán lejos estamos del tono mayestático de Parménides! ¡Qué asuntos tan diferentes y qué aspecto tan distinto de la verdad! ¡Qué humor, qué ironía! De "las más grandes y mejores cosas de la humanidad" hemos venido a parar, con una lógica irresistible, al arte del cocinero.

En otra ocasión, define Sócrates al sofista (que hoy llamaríamos profesor) valiéndose de una comparación con el pescador de caña. Son dos oficios parecidos, primo hermano

Por la subida a los Propileos llegan cada día a la acrópolis de Atenas visitantes de todas partes del mundo para admirar el arte del período clásico y situarse en el escenario de los grandes pensadores griegos.

uno del otro. "¿Quién es primo hermano del otro? –pregunta uno de los interlocutores. –¡Pues el sofista del pescador de caña! –¿Cómo es ello? –Ambos tratan de pescar... El arte del sofista puede relacionarse con el arte de apropiarse animales vivos –animales terrestres, animales domésticos, seres humanos–, individuos determinados, para sacarles dinero, dando, en cambio, algo parecido a educación..."

En resumen, si Sócrates se desinteresó del Todo y del Uno, si desdeñó perder su tiempo en investigar la esencia de los fenómenos, si combatió a los retóricos y oradores, ¿cuál fue la parte afirmativa de su esfuerzo?... En primer lugar, una moral fundada en el conocimiento de sí mismo y de lo que nos rodea. Como hombres dotados de una alma sensible, hallamos nuestro contentamiento interno en la práctica del bien, absteniéndonos del mal. Algunos creen que el bien está en el desorden, en la injusticia, porque no conocen la verdadera felicidad. Debemos procurar conocernos a nosotros mismos y conocer a este mundo que nos rodea, para llegar a un estado de independencia mental. Practicar la virtud no es un ejercicio doloroso, sino la única fuente de placer. Sócrates no predica el ascetismo: se ha casado y tiene amistad con actores, artistas y políticos; cumple sus deberes de ciudadano, va a la guerra y se conduce como un valiente en las batallas. A veces define la justicia como el arte de hacer bien al amigo y de castigar al enemigo; pero en otra ocasión dice que es preferible ser víctima de la injusticia que cometerla.

Sin embargo, aun concediendo que la práctica del bien nos procure placer, ¿qué es el bien? Según Sócrates, la conformidad de nuestra conducta con nuestra propia naturaleza. Así no nos destruimos, nos sostenemos y sostenemos a nuestros vecinos, creando la amistad, la sociedad y el estado; finalmente, por la conversación de unos con otros apreciamos que nuestros conceptos son comunes y tienen, por tanto, un valor universal. La conversación es el laboratorio de las ideas, por ella las ponemos a prueba, y cuanto más resisten el juicio ajeno, más deben aproximarse a la verdad. He aquí cómo llegamos otra vez al conocimiento metafísico y hasta a Dios mismo. Si no sabemos nada de la estructura del universo ni de sus causas, en cambio tenemos ideas de cosas abstractas, que son representación de cosas nunca vistas. Tenemos, por ejemplo, la idea del uno, la idea de la templanza, las ideas de lo mayor y de lo menor, la idea de lo limpio, hasta la idea de cosas inferiores, como el barro, el agua, la suciedad. Y si la mente humana puede admitir sin violencias las ideas que no son recuerdos de las cosas individuales, queda probado que nuestra alma no es mortal; no debe preocuparnos el problema de ultratumba.

Mucho se ha discutido si esta llamada "doctrina de las Ideas puras", como base del conocimiento y de la moral, fue expuesta ya por Sócrates o es invención de Platón, quien la atribuyó a su maestro para darle autoridad. Difícil es responder categóricamente, porque Sócrates no dejó nada escrito y sus enseñanzas aparecen con valor muy distinto en los escritos de sus dos apologistas: Platón y Jenofonte. Hoy la tendencia es conceder a Sócrates la mejor parte de la sustancia de los diálogos de Platón, y en cuanto a la doctrina de las Ideas puras existe un testimonio casi decisivo en un párrafo de Aristóteles que dice: "Por más que Sócrates concretara sus investigaciones a casos de moral y de con-

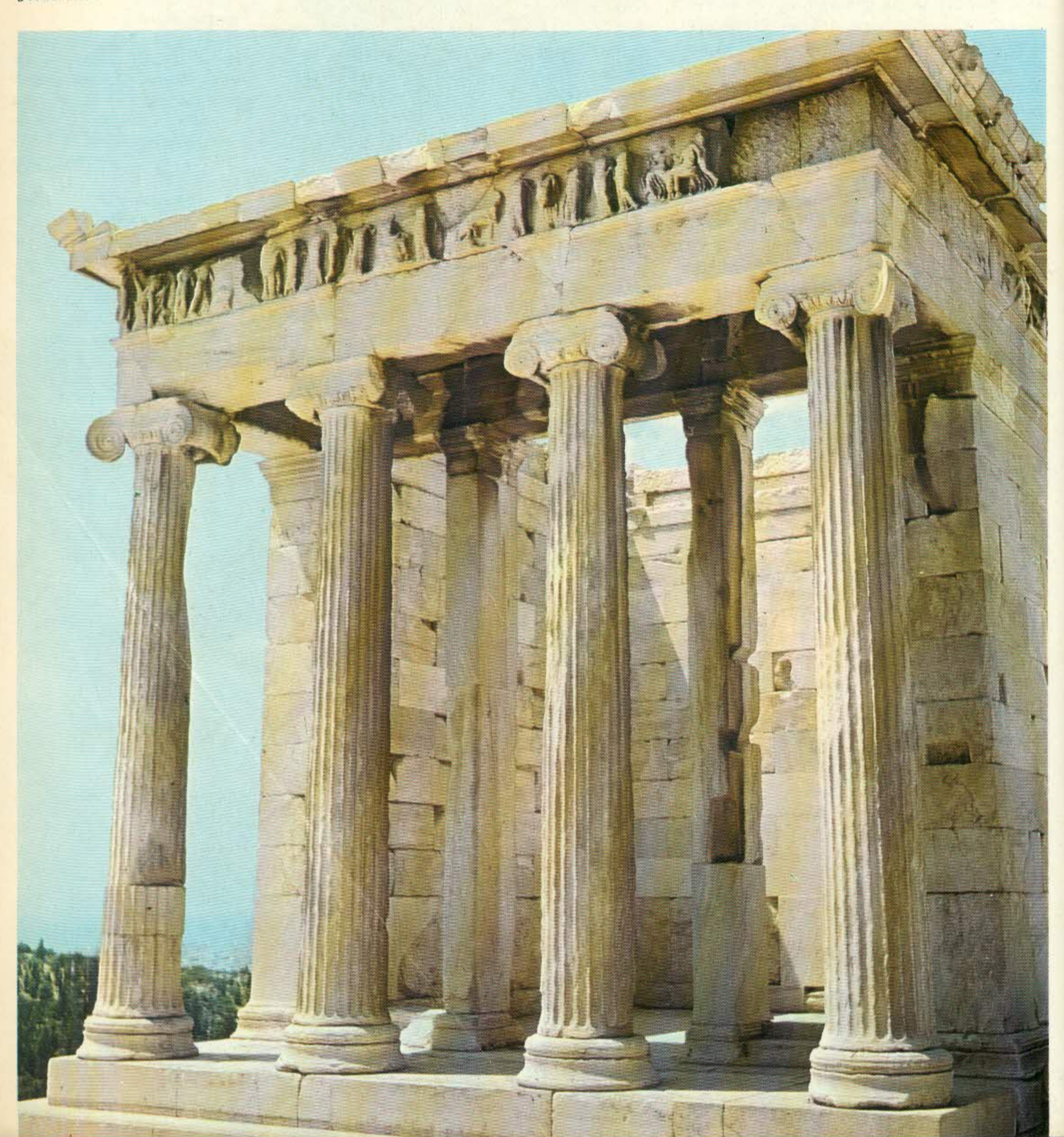


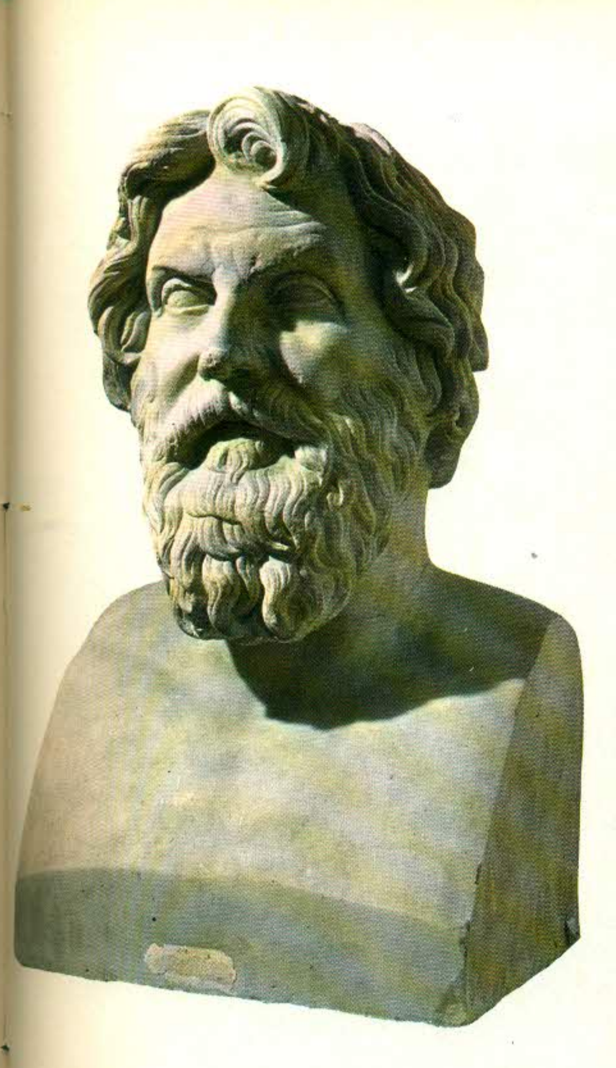
Busto de Demócrito, filósofo griego que destacó a fines del siglo V y principios del IV a. de J. C. (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles). Lo más conocido de su pensamiento es la doctrina de los átomos, unidades-límite indivisibles de la materia, que no difieren cualitativamente unos de otros y componen la materia en todas sus manifestaciones.

Templo tetrástilo de Atenea Niké, magnífico ejemplar del orden jónico, también construido en el siglo V antes de Jesucristo.

ducta, y no se preocupara en estudiar el universo como un Todo, no obstante, hizo de la moral un campo de estudio para lo universal y fue el primero que concentró su atención en las *Definiciones*. Al suceder Platón a Sócrates, creyó que no podía haber definiciones de cosas sensibles, pues las cosas reales cambian siempre; por tanto, las definiciones debían ser de conceptos, más que de cosas reales. Y a estos conceptos llamó Ideas puras, y sostuvo que las cosas sensibles o reales existen por ellas, *participan en* ellas, etc.".

Resulta bien claro de este párrafo de Aristóteles que Platón aplicó a las *Definiciones* de Sócrates el nombre de *Ideas*, pero ya el propio Aristóteles advierte que era un mero cambio de nombre, y hasta que los pitagóricos con sus números habían llegado a un resultado análogo al afirmar que las cosas reales eran "imitaciones" de los números. "Aunque –añade maliciosamente Aristóteles– los pitagóricos Sócrates y Platón dejaron para sus sucesores el trabajo de averiguar en qué consistía *la participación en* los núme-





Busto de Antístenes, discípulo de Sócrates y fundador de la escuela cínica (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles). Para él, la filosofía era una "praxis" encaminada a conseguir la felicidad.

ros, o *la imitación de* las Ideas...". "Mas para hacer justicia a Sócrates, hemos de reconocer que él inventó la manera inductiva de argumentar y las definiciones universales. Ambas son el fundamento de la ciencia." Casi no se puede hacer un elogio mayor.

Y, no obstante, el filósofo Sócrates, moralista y científico, fue condenado a muerte. A pesar de lo mucho que se ha escrito para justificar este crimen, la muerte de Sócrates es uno de los errores que vienen pesando sobre la conciencia de la humanidad. No es la primera víctima de la intolerancia de los hombres; ya vimos que Pitágoras perdió la vida en un motín popular, pero la sentencia contra Sócrates fue dictada serenamente por el pueblo de Atenas, reunido en la Pnyx, y esto constituye la agravante terrible del caso. Era el año 399 a. de J. C.; Sócrates tenía entonces setenta años, y durante medio siglo había molestado a las gentes de Atenas no con su predicación, sino con su ejemplo. Sócrates no se proponía convertir

El filósofo griego Demócrito, según una pintura del siglo XVII, de P. P. Rubens (Museo del Prado, Madrid). Es considerado por muchos como uno de los tres filósofos más importantes de la antigüedad, junto con Platón y Aristóteles. Por eso no es de extrañar que en todas las épocas haya sido tema de inspiración.

LOS FILOSOFOS PLURALISTAS

La mente humana en su esfuerzo natural por conocer y explicar las cosas procede siempre en un mismo sentido: se extraña de lo múltiple y diverso y trata de llevarlo a una razón o fundamento unitario. Lo plural desorienta y perturba, mientras que si conseguimos llegar a la convicción de que, a pesar de sus diferencias, todo es en el fondo lo mismo, la mente se serena porque ya sabe a qué atenerse.

Los pensadores presocráticos siguieron implacablemente esta tendencia unificadora hasta culminar en Parménides, en el cual dicho *monismo* llega a su formulación más estricta. Sin embargo, la asimilación de todas las cosas a la unidad de su ser radical tiene el grave inconveniente de resolver el problema mediante la supresión o liquidación de sus datos, que son precisamente las contradicciones que se observan en las múltiples experiencias. El monismo es sumamente satisfactorio porque en rigor no satisface inquietud ninguna.

A principios del siglo V a. de J. C., la filosofía helénica, después del momento estelar representado por Heráclito y Parménides, vuelve a preocuparse por explicar los procesos naturales mediante hipótesis rigurosamente físicas, es decir, trata de hallar los elementos últimos de la realidad material de cuya combinación pudo haber salido el universo tal y como nos es dado. Los filósofos de este nuevo período se denominan corrientemente *pluralistas* porque coinciden en sostener que la materia última existe dividida en múltiples partículas elementales o en clases de materia irreductiblemente distintas. Para explicar el proceso cosmogónico separan también los elementos materiales que son inertes, respecto de la fuerza que los pone en movimiento. Indudablemente las técnicas que comenzaron a desarrollarse por la misma época contribuyeron a orientar la explicación de la naturaleza en el sentido de idear cuál podía haber sido el proceso de su producción.

Cosmológicamente, el primer pluralista fue Empédocles de Agrigento, siciliano altamente convencido de la importancia de su doctrina. Compartió con los pitagóricos la creencia en la transmigración de las almas y el título de uno de sus poemas, *Purificaciones*, da a entender que asignaba al mismo una función religiosa. Todo está formado a partir de los cuatro elementos tradicionales (agua, aire, tierra y fuego), a los cuales denomina "raíces".

Los elementos se agrupan o se disgregan por influencia de dos fuerzas contrarias, externas a ellos, el amor o la amistad *(philía)* y el odio *(neikos)*, que actúan alternativamente. El ciclo regido por ellos comienza cuando el amor agrupa los elementos en una esfera compacta. Progresivamente, y desde fuera, se infiltra el odio, por cuya acción se separa todo hasta reducirse a una multiplicidad indefinida de partículas sueltas. Cuando se llega a este estado empieza de nuevo la acción aglutinadora del amor, a partir del centro de la masa. Poco a poco triunfa la fuerza atractiva del amor y se reconstruye la esfera compacta. El ciclo se repite sin cesar. Según Empédocles, estamos en una fase de predominio del odio. Con otras palabras, la disgregación será cada vez mayor. En esta teoría algunos han visto la adivinación del llamado principio de entropía que Carnot y Clausius establecieron en el siglo XIX como segunda ley fundamental de la termodinámica.

El segundo gran filósofo del grupo pluralista fue Anaxágoras de Clazomene. El problema que despertó su inquietud fue el del cambio cualitativo de las cosas. Nada puede crearse ni aniquilarse y, no obstante, así parece que ocurre en las transformaciones. Por puro razonamiento, Anaxágoras supone que los elementos originarios son las *homeomerías* (literalmente, partes semejantes), pequeñísimos fragmentos dotados de cualidades diferentes con cuya mezcla se forman las cosas que conocemos. Las transformaciones se explican como una simple modificación en la disposición de las homeomerías de aquello que cambia.

El origen del mundo se debe a la acción del *nous* (espíritu) sobre las homeomerías, a las que pone en movimiento.

Leucipo y Demócrito son los defensores del *sistema atomista*. La realidad está constituida por átomos, elementos materiales indivisibles carentes de cualidades y que sólo se distinguen por su figura geométrica. Los átomos se influyen entre sí mediante choques, interferencias, etc., es decir, acciones mecánicas. Nada mueve a los átomos, que son inertes. Se desplazan en el vacío en todas direcciones simplemente porque no hay impedimento alguno que se oponga a su traslación. Toda realidad es material y compuesta de átomos. Además de la materia sólo hay el espacio vacío.

Los seres vivos se diferencian de los demás porque por ellos pasa una corriente de átomos muy finos y móviles que les comunica calor y capacidad de crecer y moverse.

El conocimiento todo procede de la sensación, la cual se explica por el fluido atómico que proviene de cada cosa y atraviesa los poros de los correspondientes órganos de los sentidos.

F. G.

a nadie, no amenazaba al pueblo como un profeta ni lo soliviantaba como un agitador. Cumplía religiosamente sus deberes de ciudadano y, sin embargo, se le acusaba de impiedad y de corromper a la juventud.

La ley ateniense disponía que el acusado tenía que defenderse por sí mismo, con un discurso pronunciado delante del pueblo. Tenemos dos versiones de este discurso de Sócrates; ambas revelan que no quiso modificar en nada su estilo irónico ni su sencilla dialéctica. Sócrates discutió si los jueces podían condenarle a muerte con el mismo desenfado con que discutía siempre con los sofistas. "Vosotros decís que yo no creo en los dioses, pero que creo en los hijos de los dioses (esto es, los conceptos abstractos). Ahora bien, si creo en los retoños de los dioses, debo creer en los dioses también, porque nadie que afirme la existencia de los mulos, negará que existan caballos y asnos." Hay que convenir que, para un discurso en que le iba a Sócrates la vida o la muerte, la comparación es un poco atrevida.

Respecto al otro crimen de que se acusaba a Sócrates, esto es, de corromper a la juventud, su defensa contiene estos párrafos: "Yo os digo que la virtud no se obtiene con dinero, sino que de la virtud provienen las riquezas y todos los bienes, tanto para el individuo como para la sociedad. Esto es lo que enseño, y si esto corrompe a la juventud, mi influencia sobre ella es en verdad perniciosa. Por tanto, atenienses, condenadme si queréis, pero ahora os digo que no cambiaría de conducta aunque tuviera que

morir mil veces...". Al llegar a este punto, la multitud enardecida le interrumpió. Sócrates continuó:

"Atenienses, escuchad; hemos convenido en que me escucharíais hasta el final, y aunque pienso que voy a decir algo que indudablemente os indignará, pido que no os irritéis. Quiero deciros que si me condenáis, os haréis más daño a vosotros que a mí mismo...".

Entendiendo el pueblo de Atenas que era reo de la falta de que le acusaban, Sócrates fue condenado a muerte. Hubiera podido evitar la sentencia con otra clase de discurso o salirse del paso con una multa, que con seguridad habrían pagado sus discípulos.

Detalle de la metopa del Partenón que representa a un centauro en el acto de raptar a una ménade (Museo Británico, Londres).



Quiso morir y bebió la cicuta en la cárcel, rodeado de amigos y dándoles ánimo para afrontar aquella tragedia del espíritu. Sócrates murió contumaz, y por esto es más grande por su muerte que por su vida. Aquel viejo supo morir como un héroe. He aquí cómo explica Platón los últimos momentos de Sócrates:

"Al llegar el carcelero con la copa del veneno, Sócrates le preguntó: 'Amigo, tú que tienes experiencia de estas cosas, me dirás lo que debo hacer'. A lo que el hombre contestó: 'No tienes que hacer más que pasearte, mover las piernas; entonces te tiendes en la cama y el veneno producirá su efecto'. Así diciendo, entregó la copa a Sócrates, quien la tomó con gesto amable, y sin inmutarse miró al carcelero y le dijo: '¿Crees tú que puedo hacer una libación a algún dios con el veneno?'. El hombre respondió: 'Preparamos, Sócrates, sólo la cantidad que juzgamos necesaria'. 'Comprendo –repuso Sócrates–; no obstante, antes de beberlo, quiero y debo rogar a los dioses que me protejan en mi viaje al otro mundo'. Y tomando la copa, sin vacilar, bebió el veneno.

"Hasta entonces, los discípulos que rodeaban a Sócrates habían podido contenerse

LOS ESQUEMAS DE EXPLICACION DEL UNIVERSO EN EMPEDOCLES, ANAXAGORAS, LEUCIPO Y DEMOCRITO

"Las consecuencias, que se acaban en la escuela eleática, de los dos principios expuestos para el concepto del ser habían rebasado lo dado en esos principios; ante todo, se habían manifestado violentamente las consecuencias negativas: la concepción del universo como un ente uno y todo aniquilaba el cosmos múltiple. Por esto la voluntad de conocimiento pasó por encima de ella; Leucipo, Empédocles y Demócrito intentaron adaptar el principio del ser a la empresa de una explicación del mundo cambiante y múltiple" ("Introducción a las ciencias del espíritu", de Dilthey).

"Los helenos no tienen razón al hablar de engendrarse y perecer. Pues ninguna cosa se engendra ni perece" (Anaxágoras).

"Entonces se desenvolvió en la constitución de la metafísica europea, partiendo del concepto del ente, una de las varias posibilidades existentes, y sin duda la más inmediata: fragmentación de la realidad en elementos que, por una parte, satisfacían las exigencias del pensamiento de tener puntos de apoyo inmutables para sus cálculos y, por otra parte, no excluían una explicación de la variación, la pluralidad y el movimiento" ("Introducción de Dilthey).

EMPEDOCLES

El mundo es uno, una "mezcla" en la que todos los cuerpos tienen unos mismos principios.

Las cuatro raíces: aire, fuego, agua y tierra.

Eternas. — Opuestas entre sí.

Las cosas se engendran y perecen a partir de las cuatro raíces por la acción de los principios.

Amor –"filia"–, que tiende a unir. — Discordia –"neikos"–, tendente a separar.

El universo fue creado por el amor como un todo armonioso (esférico), pero la discordia lo dividió, y resultado de ello fueron la tierra, el océano, la atmósfera y los astros. Siguió un período caracterizado por la lucha entre la discordia y el amor, del que surgió el mundo sensible, pero el amor acabará por vencer y el mundo regresará a la armonía para volver a iniciar luego un nuevo ciclo.

ANAXAGORAS

Si tomamos una cosa y la dividimos, nunca llegamos a las raíces de Empédocles.

No hay cuatro elementos, sino infinitos elementos; hay semillas de todo en todo.

En todo objeto natural están contenidas todas las semillas de las cosas, pero nuestros sentidos tienen estrechos límites de sensibilidad; por esto se explica la apariencia engañosa de las variaciones cualitativas.

La causa del movimiento de separación es el "nous", inteligencia ordenadora, que es una materia más sutil que las demás.

El "nous" imprime a la materia un movimiento de rotación.

Lo unido en el estado inicial se separa por la rotación y, según su naturaleza, asciende lo caliente, luminoso, ígneo, que Anaxágoras llama éter; se precipita de la atmósfera lo líquido; de esto, lo sólido, que, según otra idea fundamental, tiende al estado de quietud. De estos elementos que caen, la rotación desprende partes, que giran como astros.

LEUCIPO Y DEMOCRITO

Dividiendo las cosas, llegamos finalmente a partículas indivisibles, no engendradas ni perecederas.

Los "átomos", partículas materiales que forman todas las cosas.

Los átomos se distinguen entre sí porque tienen distintas formas, de las que dependen sus propiedades.

Los átomos se mueven en torbellinos y se combinan de distintas formas, produciendo así las cosas.

Los átomos se mueven en el vacío, que ya no es el No-Ser, sino el espacio, un No-Ser relativo, por comparación con lo lleno.

El movimiento circular (torbellino) determina las primeras posiciones de las cosas y el origen de los mundos, que son infinitos, unos en formación, otros en destrucción y otros realizados en la actualidad.

"Si ya el concepto de corpúsculo de masa era un concepto metafísico constructivo, ahora se planteó a estos teóricos de los corpúsculos materiales el problema constructivo de si el cosmos puede explicarse por ellos solos. En estos momentos de la evolución –era en la mejor época de Atenas– surgió en conexión con la situación de las ciencias, en su primer impulso pensado con grandeza, aquella construcción del cosmos que ha proporcionado a la metafísica europea su dominio verdadero sobre el espíritu de nuestro continente. Es la doctrina de una razón universal distinta del cosmos mismo, que, como primer motor, es la causa de la conexión regular, incluso teleológica, del cosmos" ("Introducción a las ciencias del espíritu", de Dilthey).



Diógenes de Sínope, filósofo griego del siglo IV a. de J. C., máximo exponente de la escuela cínica (Villa Albani, Roma). La extremada austeridad de su vida y el acicate mordaz de su pensamiento constituyen por sí solos la filosofía de este hombre, heredero, también él, de la doctrina y modo de hacer del maestro Sócrates.

sin manifestar su dolor, pero cuando el maestro hubo tragado el último sorbo del veneno, empezaron a llorar y gemir, y hasta uno de ellos, llamado Apolodoro, se deshizo en llanto, escapándosele un gran grito. Tan sólo Sócrates se mantenía en calma. '¡Qué extraños ruidos hacéis! –les dijo–; he mandado que las mujeres se marcharan para que no nos molestaran con su llanto, porque yo creo que un hombre debe morir en paz. ¡Estad tranquilos y tened paciencia!'

"Cuando los discípulos oyeron esto, se avergonzaron y reprimieron sus lágrimas. Sócrates continuó paseándose hasta que sus piernas no pudieron sostenerle; entonces se tendió sobre el lecho. El carcelero le tocó los pies, preguntándole si lo notaba, y él contestó que no. Después le palpó las piernas, y más arriba, diciéndonos que ya todo él estaba frío y rígido. Sócrates se palpó también y dijo: 'Cuando el veneno llegue al corazón será el fin'. Pronto empezó a ponerse frío de las caderas, y descubriendo entonces la cabeza, que ya se había tapado,

Ánfora ática del siglo V a. de J. C. firmada por Exekias, con la imagen de los héroes de la guerra de Troya, Aquiles y Áyax, jugando a los dados (Museo Vaticano, Roma).

LAS PRIMERAS VERSIONES DEL HUMANISMO: SOCRATES Y LOS SOFISTAS

Por obra de Sócrates y de los sofistas, la filosofía griega se instala en Atenas, es decir, se convierte en urbana y se ocupa exclusivamente del hombre. Estas tres notas guardan entre sí una íntima conexión.

Acabadas las guerras médicas, Atenas se constituye en una democracia presidida por Pericles. La vida política y artística se desarrolla tan brillantemente que sus ciudadanos creen, con razón, haber llegado a la plena madurez humana. Frente a las normas y costumbres tradicionales aparece la crítica, resuelta a no aceptar nada si no aguanta su acción demoledora. Aumenta la sensibilidad frente a lo convencional y se plantea agudamente la necesidad de buscar nuevas y más firmes bases en que apoyar la conducta para no caer en la anarquía de las opiniones y los intereses particulares. Todo se debate en público y la vida cotidiana se convierte en una inacabable confrontación de pareceres y puntos de vista.

En un ambiente tal, competitivo y polémico, el problema central había de ser el de la educación de la juventud. ¿Cómo hay que formar a quienes aspiren a triunfar? Con otras palabras, ¿en qué consiste ser un buen ciudadano? Llevada la cuestión a este nivel, se abre la alternativa: unos sostendrán el punto de vista pragmático y disolvente: quien triunfa, por esto solo queda justificado y puede ser calificado como bueno; otros, y Sócrates el primero, defienden que la bondad no puede confundirse con el éxito. La bondad es el más alto valor, superior a los azares de las convenciones políticas, y se impone como una exigencia moral a la cual debe someterse todo hombre.

Para que el comportamiento humano sea digno de este nombre se requiere que se funde en la razón, de tal manera que el sujeto agente obre porque sepa de antemano que lo que va a hacer es bueno. La moral depende, pues, del conocimiento. Este simple razonamiento fue el que dirigió la filosofía y la vida entera de Sócrates, consagradas total y exclusivamente a la formación y al mejoramiento de sus conciudadanos.

A tono con la dignidad humana, por él siempre reconocida, Sócrates no pretende ni imponer brutalmente su manera de pensar ni insinuarla o sugerirla solapadamente, sino convencer con argumentos a los demás para que éstos libremente se decidan a emprender el camino por él señalado. Por esto el método de su filosofía es el *diálogo*, abierta y leal exposición de razones en la cual colaboran ambos interlocutores.

En el diálogo se plantea constantemente lo mismo: qué es tal o cual virtud. Si se llega a ver claro su peculiar bondad, el interlocutor se decidirá por practicarla, ya que, según se ha dicho, el conocimiento del bien lleva a su libre aceptación y ejercicio.

Sócrates orienta el diálogo según sea el que habla con él. A cada uno le pregunta sobre aquello de que dice estar enterado y que alardea practicar. Lo hace para deshacer las falsas opiniones que, en vez de afianzar la conducta recta, la deforman, porque no le pueden proporcionar base suficiente. Este modo de proceder ha recibido el conocido nombre de *ironía*, palabra que en griego significa simplemente pregunta.

Además consigue Sócrates inquietar a su interlocutor. (Él decía ser como un tábano para sus conciudadanos.) Éste, al ponerse de manifiesto su ignorancia, querrá salir de ella y emprenderá el camino de la reflexión por afán de saber, o sea, buscará la filosofía, en su más riguroso sentido.

La segunda fase del diálogo es la *mayéutica*, nombre con el cual se designa la técnica de facilitar el esfuerzo del interlocutor para que éste pueda dar a luz la verdad que está escondida en su mente.

Tradicionalmente y ya desde sus primeros discípulos, la personalidad y significación de Sócrates han sido interpretadas en contraste con la actitud de los sofistas. Ciertamente sus respectivos propósitos eran antagónicos, pero aquéllos contribuyeron también al desarrollo del humanismo.

En buena parte promovieron y desplegaron la conciencia colectiva ateniense. Mediante su enseñanza, polarizada en la retórica y en las técnicas de persuasión ayudaron a promover la opinión común.

Cultivaron también la erudición y el estudio del lenguaje, puesto que para triunfar de la opinión adversa se requería dominar el sentido de las palabras, recurrir a matices, emplear voces ambiguas. Sobresalieron en los largos discursos "de aparato", en los cuales sabían compensar la trivialidad del tema con la deslumbrante y atractiva manera de presentarlo.

El principio que inspiró a todos ellos y que formula la condición indispensable de su enseñanza es la conocida sentencia de Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas". Sólo si el hombre ocupa este puesto determinante tiene sentido el ejercicio de sus técnicas retóricas. Nada hay en el mundo que tenga un valor fijo, universal y objetivo: todo está a merced de los pareceres. El que consiga dominar y variar, si puede, las opiniones humanas, habrá trastrocado el mundo, ya que todo es mera proyección del sentir del hombre.

El humanismo de los sofistas es también agnóstico: nada podemos conocer de lo que excede del mundo humano. Los dioses no están a nuestro alcance.

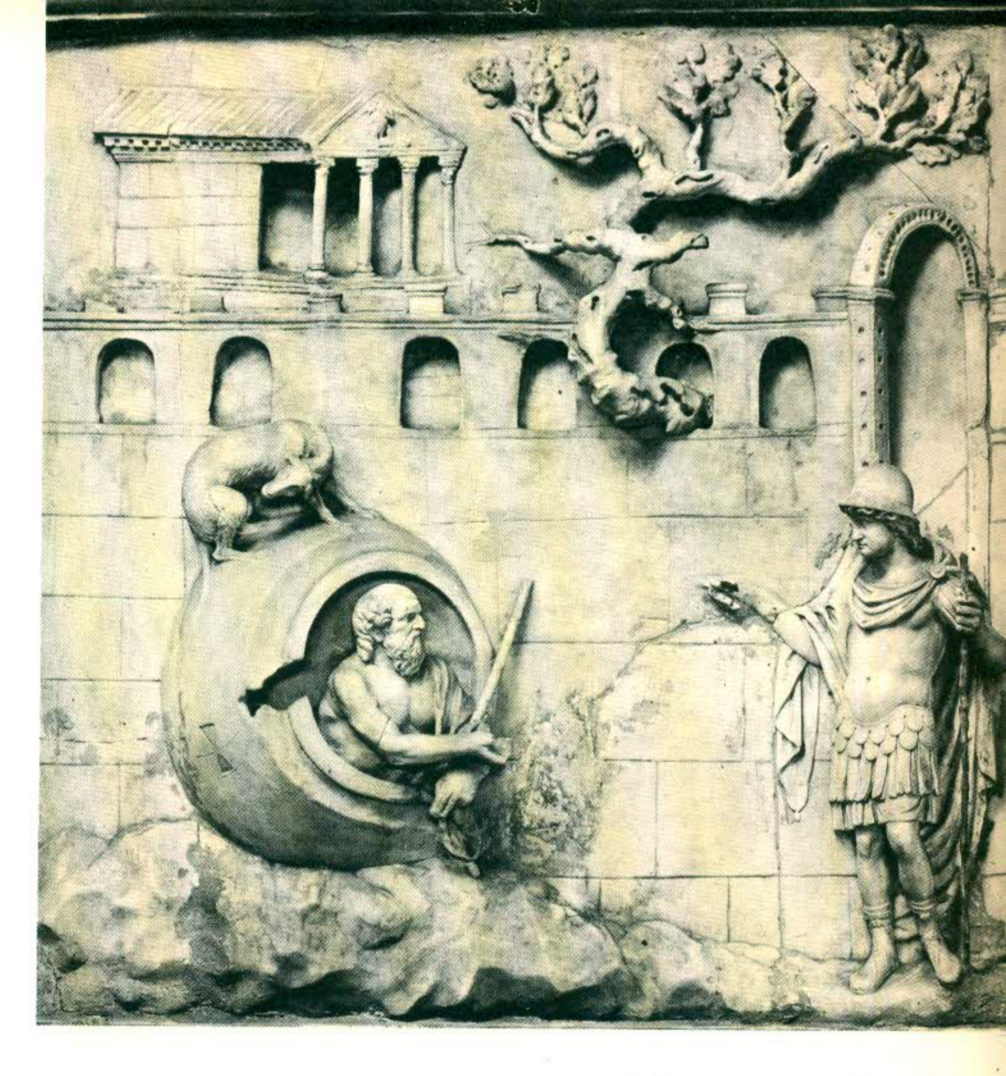
F. G.

dijo: 'Critón, ahora me acuerdo que debo un gallo a Esculapio'. 'Se pagará, no lo dudes –díjole Critón–; ¿quieres algo más?...'. Pero Sócrates ya no respondió a esta pregunta. Al cabo de uno o dos minutos pareció moverse, y los que rodeaban el lecho lo destaparon. Tenía ya los ojos fijos, y Critón le cerró boca y párpados".

El pueblo de Atenas sólo tiene una excusa: la nerviosidad en que le habían puesto las catástrofes políticas del final de siglo. Sócrates, naturalmente, no tenía ninguna culpa de ellas, pero en el año 399 en Atenas todo el mundo debía de pensar que no era tiempo entonces para discutir cuestiones de moral en las tiendas y perder horas y horas por las calles como hacía Sócrates, para encontrar una definición.

Esto explica que después de su muerte no se produjese la reacción que Sócrates creyó poder predecir, casi como una venganza. Algunos de sus discípulos se especializaron en el ejercicio científico de la dialéctica socrática, y entre éstos el más notable fue Platón, de quien trataremos en otro capítulo. Otros insistieron en el aspecto práctico de la moral socrática, fundando la famosa escuela de los cínicos; su iniciador fue un antiguo sofista que se llamaba Antístenes, a quien Sócrates había logrado atraer a su manera de pensar en los últimos años de su existencia.

Hay que reconocer que tras la muerte de Sócrates habría en Atenas filósofos despreciadores de la misma filosofía que a tales catástrofes podía conducir. ¿No era el caso de Sócrates un ejemplo de que la virtud produce también desdichas? Lo mejor era apartarse de los conflictos de la vida, no ser más que un espectador desinteresado, un perro, que es lo que quiere decir *cínico* (perro, o como un perro). Parece que Antístenes, el fundador de la escuela, escribió cuatro libros de moral más o menos socrática, pero de ellos sólo queda el recuerdo. En cambio, Diógenes, el discípulo de Antístenes, vivirá eternamente por algunas de sus anécdotas. Dormía dentro de un barril, como si fuese un perro; iba por la ciudad con un linterna en la mano, buscando un hombre (alguien que fuese un verdadero hombre); había tenido una escudilla para beber agua, pero la arrojó un día lejos de sí al ver que un muchacho bebía con la mano: un cínico no debía poseer tales lujos; decidió también que no hacía falta asar la carne, pues los perros la comían cruda; la familia no era necesaria para perpetuar la especie, ya que podía lograrse el mismo resultado sin casarse. La virtud, en cambio, era necesaria para mantener la salud y la paz del alma, aunque sin caer en el placer místico y el quietismo.



Relieve que recoge la tradición del encuentro de Alejandro con Diógenes, en que el filósofo expresó al soldado el único deseo que sentía, a saber, que no le hiciese sombra (Villa Albani, Roma). La leyenda ha acumulado sobre Diógenes los rasgos más característicos de la vida del cínico.

Diógenes era hijo de un banquero de Sinope, en el mar Negro, y éste obligó a su hijo a que le ayudara en la fabricación de moneda falsa. Descubierto el fraude, el muchacho tuvo que escapar de su tierra y fue a parar a Atenas, adonde iban en demanda de asilo todos los temperamentos extremados de la época. Allí oyó a Antístenes, y el alma de aquel Lazarillo griego, amargada por una precoz experiencia, encontró un lenitivo en la filosofía de los cínicos. ¿Quién sabe lo que hubiera sido Diógenes si hubiese podido vivir con los suyos y rodeado de comodidades, como Platón y Aristóteles? Pero así la humanidad, acaso por culpa del banquero de Sinope, tiene una faceta más: el cínico Diógenes.

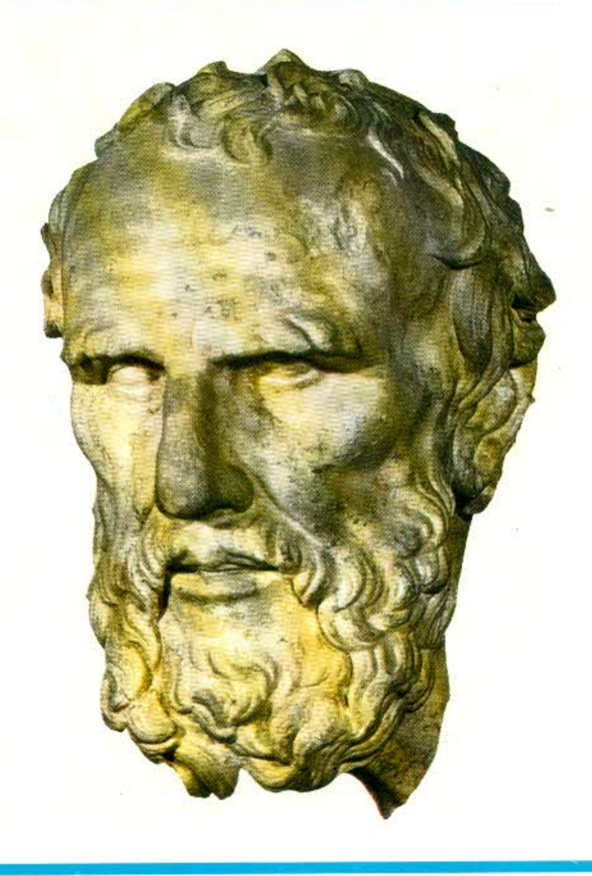
Este filósofo formó escuela. Su discípulo Crates, sin exagerar las impertinencias y pésimos modales de Diógenes, vivió en compañía de una mujer filósofa que compartió sus ideas y su sistemática pobreza. Los cínicos nos recuerdan a los mendicantes indos y los ascetas cristianos. ¿Quién sabe si no son ellos el tipo intermedio entre unos y otros, y si no llegó algo de la India hasta la misma Grecia?



Vasija ática de la época de Sócrates decorada con ménades y sátiros danzando ante Dionisos (Museo del Louvre, París).

BIBLIOGRAFIA

Abbagnano, N.	*Historia de la filosofía* (vol. I), Barcelona, 1955.
Beaufret, J.	*Le poème de Parmenide,* París, 1955.
Bréhier, E.	*Historia de la filosofía* (vol. I), Buenos Aires, 1948.
Burnet, J.	*L'aurore de la philosophie grecque,* París, 1919.
Capelle, W.	*Historia de la filosofía griega,* Madrid, 1958.
Dupréel, E.	*Les sophistes,* Neufchâtel, 1948.
Festugière, A. J.	*Socrate,* París, 1966.
Jeannière, A.	*La pensée d'Héraclite d'Ephèse et la vision présocratique du monde,* París, 1959.
Kranz, W.	*La filosofía griega,* México, 1964.
Mondolfo, R.	*Heráclito,* México, 1966.
Tovar, A.	*Vida de Sócrates,* Madrid, 1966.
Zeller, M.	*La filosofia dei greci* (vols. II-V), Florencia, 1967.



Copia romana de un original helenístico que representa la cabeza de un anciano anónimo (Museo Barracco, Roma). Por su parecido con otras piezas documentadas, bien pudiera ser la efigie de uno de los grandes filósofos del siglo V antes de Jesucristo.